

MARCIA D. M

Una navidad
con los Walker



La primera
historia
de amor

UNA NAVIDAD CON LOS WALKER

LA PRIMERA HISTORIA DE AMOR

HERMANOS WALKER

MARCIA DM



Copyright © 2024 by Marcia DM

Todos los derechos reservados.

Este libro electrónico está disponible sólo para su disfrute personal. Este libro no puede ser revendido o regalado a otras personas a menos que se haya comprado una copia por separado. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en cualquier forma sin el permiso escrito, excepto en el caso de citas breves en artículos críticos y revisiones este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, son usados de manera ficticia y no debe ser interpretado como real. Cualquier parecido con hechos reales, lugares, organizaciones o personas vivas o muertas, es pura coincidencia.

SINOPSIS



Una revelación cambiará para siempre a la familia Walker. La Navidad se acerca, pero la noticia inesperada que Julián está a punto de compartir lo alterará todo.

Sin embargo, el hallazgo de un antiguo diario familiar saca a la luz la historia de un integrante Walker: la apasionada historia de amor de la abuela Betty Walker, la matriarca que lo comenzó todo.

«La Primera Historia de Amor» es una pequeña historia donde el pasado y el presente se entrelazan en un cautivador relato de emociones, secretos y el poder inquebrantable del amor. Un viaje literario que sumergirá a las lectoras de los hermanos Walker en el verdadero espíritu navideño, lleno de sorpresas y revelaciones hasta la última página.

JULIÁN

La reunión termina forzosamente cuando me levanto y salgo de la sala sin decir una sola palabra a mis empleados.

Sin sonreír amablemente, decir: «buen trabajo» y estrechar las manos.

Sin tomarme todo el tiempo del mundo para recoger mis pertenencias.

No, ellos están acostumbrados a tener que lidiar con mis formas ásperas, quizás las consideren groseras, engreídas o absurdas, pero son las únicas que conozco y heredé. Si no les gusta, estoy seguro de que pueden ver la puerta que dice «salida».

El hecho de que tengo exactamente veinte minutos para verle la cara a mi esposa no influye en mi mal humor. Bueno, quizás sí, quizás esté asociado a que no la veo desde anoche, ya que llegué tarde a nuestro piso y ella ya estaba durmiendo.

O quizás esté asociado a que cuando desperté hoy, había dejado una nota diciendo que llegaba tarde.

Tarde, siempre tarde, pareciera que los dos estamos teniendo serios problemas para administrar nuestros tiempos, y odio la impuntualidad.

Odio no verla casi nunca.

Pero hay un solo villano en esta historia: nosotros. Sí, somos los únicos responsables de que esta sea nuestra vida ahora; reuniones, llamadas, viajes exprés al otro lado del país, y apenas tenemos tiempo para vernos la cara.

Para sentirnos.

Para conversar sobre los temas más simples y absurdos, como solíamos hacer al principio de nuestra relación mientras olvidábamos la película que corría de fondo.

No recuerdo cuándo fue nuestra última cita, o la última cena *casera* juntos.

Cuando tomé el mando de Property Group, cayó sobre mí una avalancha de responsabilidades que me hicieron apreciar a mis padres mucho más que antes. ¿Qué demonios hacían para equilibrar la vida familiar con los negocios? Vaya uno a saber.

Solo sé que Raven y yo estamos haciendo un pésimo trabajo.

Y ella no se queda atrás en esta carrera contra el tiempo desde que decidió encargarse de un sector de PG donde lidia con grandes empresas y cierra negocios millonarios compulsivamente.

Me río al recordar su rostro cuando cerró su primer contrato de cuarenta millones de dólares. Era un pequeño monto en ese momento para PG, pero para ella fue un logro insuperable; su sonrisa todavía está grabada en mi memoria.

Hoy ella es un tiburón reconocido en la industria. Nadie se mete con Raven Walker de Property Group.

Mis pasos largos, seguros y *contados* (veinticinco) se dirigen directamente a su despacho, los

empleados se alejan de mi camino como si les quemara el culo, porque saben que cuando camino hacia su oficina, no deben meterse en medio, tengo un solo objetivo, aprovechar cada minuto libre de mi vida con Raven.

Es que odio no poder estar con ella.

No, no odio, me da pánico, pavor, y temo que un día me diga que ya no le presto tanta atención y que quiera irse.

—Señor Walker —interrumpe su secretaria bloqueando la puerta de madera—, Raven no está aquí.

Arqueo una ceja mientras clavo los zapatos sobre el suelo y acomodo mi traje nerviosamente. *Aparentemente, la secretaria conoce más los movimientos de mi esposa que yo.*

Increíble.

—¿Y dónde demonios está entonces?

—Volviendo, se ha retrasado por el tráfico.

Suspiro y sigo mi camino, abriendo la puerta de su despacho. A diferencia del mío, el de ella es luminoso, «bohémio elegante» se podría decir, con plantas colgantes y colores cálidos y armoniosos. Mientras el mío está pintado de un azul profundo, con algunos detalles en dorado. Decoración «malhumorada» según internet, pero yo lo uso para lograr un nivel de concentración inhumano.

Joder, hasta sus Post-it son de colores divertidos, mientras los míos son del tradicional amarillo pálido.

Me siento en su silla blanca y apoyo mi nuca en el cabezal, este lugar huele a ella, no me sorprende, pasa más horas aquí que en casa.

Me dejo caer hacia atrás y me giro para mirar por los ventanales detrás de mí a la ciudad que me vio crecer.

Manhattan.

Marzo es hostil, la nieve comienza a ensuciarse en esta época y ya no es tan atractiva.

Desde aquí puedo escuchar las sirenas de la policía a unas calles de distancia o ver la fila de coches esperando que el semáforo cambie de color para avanzar.

En algún lugar de esa jungla está mi esposa, y no puedo esperar a estar con ella.



Raven abre la puerta en el momento preciso en que debo comenzar la siguiente reunión.

La irritabilidad se borra cuando absorbo la elegancia natural que emana de mi esposa. Se ha puesto esa camisa blanca perfectamente planchada que abraza sus formas de manera impecable, y que, aunque sencilla, resalta su figura con una elegancia clásica que me deja sin palabras. La falda negra de talle alto, ceñida a su cintura, desciende en una línea suave hasta justo por debajo de sus rodillas, dibujando cada curva con una precisión que es a la vez sofisticada y seductora. El contraste entre el blanco puro de la camisa y el negro profundo de la falda crea un equilibrio perfecto, reflejando su personalidad: segura, profesional y decidida.

Mía.

Su cabello está recogido en una coleta baja, dejando caer unos mechones sueltos que enmarcan su rostro con suavidad.

Me mira apenada y comienza a pedir perdón por el retraso, pero yo levanto el dedo, cojo el teléfono sobre su escritorio para comunicarme con mi secretaria.

—Danita, retrasa la reunión media hora por favor. No, no tengo explicación que darles, solo diles que esperen, tengo algo que hacer con mi esposa, gracias.

Cuando termino la llamada, me levanto lentamente de su silla y abrocho mi traje mientras rodeo el escritorio blanco.

—Esposa —digo seriamente—, súbete esa falda y siéntate en el escritorio, tenemos que ponernos al día.

Raven deja caer su bolso Saint Laurent de su hombro directo al suelo y se deshace de los zapatos negros torpemente mientras camina hacia mí.

Yo la sigo con la mirada y observo cómo su falda se arruga en su cadera.

Alejo los objetos punzantes y la siento sobre su escritorio en un movimiento rápido y controlado.

—Hace veinte minutos que estoy aquí, volviéndome loco, Raven.

—Yo no tengo la culpa, esposo.

—¿Por la tardanza? —pregunto sobre sus labios mientras me coloco entre sus piernas abiertas—, ¿o por lo que me haces?

Ella siente a lo que me refiero cuando me apoyo sobre su cuerpo.

—Ambos.

Mi boca se entierra en los labios de mi esposa y ella gime cuando deslizo la mano por su pierna hasta sostener su culo y apretarlo. Desabrocho los primeros botones de su camisa para dejar que sus tetas se expongan tras ese sujetador blanco que tanto me pone.

Estar con Raven se siente correcto todas las veces, se siente absolutamente animal y sin control. A ella le gusta así y, seamos sinceros, nuestra relación comenzó con lujuria aquella noche en París, no creo que cambie después de tantos años.

Lentamente muevo su braga y acaricio su coño, sé que está lista para mí, para que me entierre en ella.

Los dos reprimimos el gemido cuando nos unimos, mis ojos no se mueven de su rostro colmado de placer.

Así es como debo compensar el tiempo que no tenemos, follándola sobre su escritorio, recordándole quién es su marido y quién es el que tiene control aquí.

RAVEN

La decisión de desarrollar mi carrera se forjó en el momento que me fui de la casa de mi padre. Fue una necesidad instintiva buscar el éxito, el dinero, el reconocimiento en el negocio inmobiliario. Las notas en las revistas económicas y las conferencias vinieron naturalmente a mi vida, mientras otras cosas desaparecieron, como el ejercicio, el tiempo de lectura romántica y el ocio con el amor de mi vida.

Los sábados pasaron de ser días entre sábanas a días entre emails.

Los domingos de citas y escapadas íntimas, a prepararme para la semana.

Julián hizo que todo eso llegase con comodidad. Él, como CEO de Property Group, entiende perfectamente esa sed de éxito. Y acompañó cada momento, aplaudió, sonrió y festejó conmigo mis logros. Él no es el tipo de hombre que necesita tenerte por debajo para equilibrar el poder en la pareja, Julián es el tipo de hombre que te pone en el pedestal en tu vida laboral y en tu lugar en la cama.

Los dos nos volvimos magnates en nuestro pequeño mundo, pero también desconocidos. Por eso dicen que el éxito y el poder no vienen solos, los acompaña una absoluta desconexión de tu realidad y de tus seres queridos.

Nuestras secretarias deben coordinar citas o recordarnos que tenemos entradas para el teatro. Nuestra familia nos felicitó por el aniversario antes de que nosotros pudiéramos comprobar el calendario.

El amor no disminuyó, amo a Julián y es lo más importante que tengo en esta tierra, pero es fácil perderse en el día a día, en las responsabilidades, y eso hizo que cada día tengamos menos tiempo de convivencia, que pasemos menos momentos con Bono y con la familia.

Los sobrinos de Julián apenas le conocen la cara; mi padre me envía regalos para recordarme que sigue caminando por este mundo.

Bono ya tiene el tamaño de un lobo prácticamente, y con eso llegaron nuevas necesidades, como ir al veterinario, pasearlo, jugar con él...

Sí, el éxito tiene un sabor dulce; nutre el ego y engorda la cuenta bancaria, pero ¿a qué precio?

Esta es la pregunta que me hago desde hace algunos meses ya, cuando me encontré oliendo la almohada de Julián una noche, aferrándome a su olor, mientras él estaba en Dubái.

Y si apenas podemos organizarnos, vernos la cara y coordinar nuestras vidas, entonces, ¿cómo haré para decirle a Julián que el test de embarazo entre mis manos acaba de dar positivo?

RAVEN

Julián se sorprende cuando me encuentra sentada en los taburetes de la isla de la cocina con mi pijama de seda puesto, mi pelo recogido.

Aún no vio la caja de pañuelos desechables a mi lado.

Su sonrisa es amplia y llena de sorpresa, y eso me parte el corazón. ¿Qué hemos hecho?

¿Por qué permitimos que nuestra vida llegue a este punto donde es una sorpresa que el otro tenga tiempo para estar en nuestro hogar?

Me abraza y deja un beso en mi cuello, pero cuando mira mi rostro y la caja, sabe que algo ocurre aquí.

—Qué pasó —no pregunta, demanda.

—¿Podemos hablar?

La nuez de Adán de Julián baja por su garganta con dureza y antes de sentarse frente a mí, se quita su traje y arremanga su camisa blanca.

Que decida estar frente a mí y no a mi lado, es indicio de que quiere darme espacio a pesar de odiarlo.

—Si es algo que he hecho, dímelo, Ónix.

—Juli, no has hecho nada. —Sujeto su mano por encima de la isla para darle tranquilidad—. Pero quiero hacerte una pregunta.

—Dime.

—¿Es esta la vida que quieres llevar hasta tu vejez?

Él mira nuestras manos unidas por un momento, analizando o buscando una respuesta. La pregunta no parece sorprenderle, así que deduzco que no fui la única que notó el deterioro de nuestra relación.

—No, pero no sé cómo cambiarla, Raven. —Puedo escuchar su voz tensa y angustiada.

Asiento lentamente mirando nuestras manos unidas.

—Pero ¿quieres hacerlo?, ¿cambiar este rumbo?

—Sí, Ónix, te extraño tanto que no lo soporto. Extraño nuestra vida juntos, solo nosotros, sin secretarías ni horarios o calendarios, solo tú y yo.

Joder.

—Yo creí querer lo mismo —confieso—, solo tú y yo, hasta nuestros últimos días...

—Pero... —dice con apuro.

—Pero acabo de enterarme de algo que podría cambiar el curso que tenía en mente y no estoy segura de que te lo tomes bien y eso me da pánico, porque no puedo perderte, Juli. —Mi voz se distorsiona de golpe, las lágrimas invaden mis ojos por enésima vez en el día—. Pero al mismo tiempo, creo que quiero hacer esto.

—¿Hacer qué? Raven, me estás poniendo nervioso, ¿qué es lo que...?

—Estoy embarazada.

Julián, que estaba un poco encorvado por sujetar mi mano, se endereza de golpe y me suelta.

—¿Qué has dicho?

Cierro los ojos un segundo para despejar las lágrimas.

—Me hice la prueba esta mañana y ha dado positivo. —Saco el test de mi bolsillo y lo dejo sobre la mesa entre los dos.

Los ojos de Julián lo miran fijamente.

Puedo escucharlo pensar, usando ese cerebro lógico y veloz que tiene, buscando razones, culpas.

—Pero tú tomas pastillas —dice abruptamente.

—Lo sé, pero no son cien por cien efectivas.

Mis ojos se clavan en la superficie de la mesa, las lágrimas bajan tan rápido como se forman, porque esta no es la reacción de una película, no es la reacción de un libro de romance, Julián está asustado, enfadado también, probablemente.

—¿Por qué lloras? —pregunta con la confusión típica que a veces tiene en situaciones que no puede leer con claridad, su mano encuentra la mía otra vez y la sujeta con fuerza.

—Porque sé que esto no es lo que quieres.

—Aquí importa qué es lo que tú quieres, Ónix —susurra—. ¿Quieres interrumpirlo?

Levanto la mirada.

—Esa es la pregunta que llevo haciéndome todo el día, y cada vez que creo haber encontrado una respuesta, algo en mí dice que no es lo que quiero. Pero luego recuerdo nuestras incontables conversaciones sobre tener hijos y cuán cerrado estabas a la idea, y tengo miedo de obligarte a algo que no quieras.

Julián se levanta y arrastra la caja de pañuelos cerca de mí mientras se pone a mi lado.

Cuando termino de sonarme la nariz, acaricia mi rostro.

—No creo en señales, pero tampoco en casualidades —expresa.

—¿Qué quieres decir? —pregunto cuando limpia las lágrimas de mis ojos.

—Creo que esto es lo que finalmente nos hace detenernos, mirar a nuestro alrededor y entender que no es la vida que visualizamos para los dos, porque si se trata de vivir en reuniones y no poder disfrutar de nuestra relación, entonces no lo quiero, Ónix. Quiero estar contigo, quiero vivir experiencias juntos, y si esto es lo que el universo nos ha enviado de regalo, entonces lo haremos.

—Pero te escuché tantas veces decir que no quieres... —admito.

Julián sujeta mi barbilla.

—Hace un tiempo que vengo planteándome esto, ya no estoy tan convencido de las cosas que dije en el pasado. El paso del tiempo es notorio, ya no somos tan jóvenes y no quiero vivir para trabajar, tú eres mi prioridad y ahora tengo una nueva. —Mira mi vientre plano con anhelo y eso me permite volver a respirar—. Seamos una familia, Ónix.

SILAS

—**L**o único que estoy diciendo, Conejita, es que Oliver siempre gana en estas ocasiones — refunfuño a mi esposa mientras miro por la ventana del avión.

Estoy aquí porque (aparentemente), no puedo usar mi avión privado: «contribuye a la contaminación» y me toca viajar con un grupo interminable de personas que suben a bordo y me miran mal porque estoy sentado en primera clase con todas las comodidades que eso conlleva y ellos *no*.

Disculpad por ser millonario, nací así, ¿vale?

Un integrante de la tripulación se acerca con dos copas de champán burbujeantes y las deja delante de nosotros.

—Es más cómodo para todos ir a su rancho, Silas —responde Conejita, suspirando por lo bajo; entre sus manos, un libro que no le permito leer porque no he dejado de hablar desde que nos sentamos.

—Sí, pero nunca puedo decorar mi casa para Navidad.

—En teoría podrías, nada te detiene.

Volteo para mirar a Lauren.

—¿Qué gracia tiene decorar si nadie lo va a ver? Aparte, Dallas en esta época es deprimente, todos los árboles parecen sacados de una película de terror.

—Eso es verdad, pero el campo de Oli es hermoso, hay mucho espacio para que los niños corraen por ahí y es solo una semana, vamos, no seas así.

Me río por lo bajo al recordar a mi hijo cuando apenas sabía caminar, correr tras las gallinas y montar a caballo. Me alegra que los hijos de mis sobrinos puedan disfrutar de lo mismo.

—Es verdad, Mila siempre quiere que sus hijos tengan dónde correr.

—Y los hijos de Astor están acostumbrados, les pueden enseñar.

Los dos suspiramos al mismo tiempo y sujetamos nuestra mano.

Debo recordarme que la decisión de Julián y Raven es válida, es personal y no tengo por qué opinar, pero a veces me pregunto cómo sería la vida de mi hijo si fuese diferente. ¿Qué tipo de padre sería Julián? ¿Me tomaría como ejemplo o buscaría un estilo de paternidad diferente?

—¿No crees a veces que le impusimos a Julián una carga terrible al haberle dejado Property Group?

Lauren aparta su libro con frustración.

—A veces, pero si él está enfocado solo en eso, es su decisión.

—Raven no se quedó atrás, ¿hace cuánto que no los vemos, Conejita?

—Desde marzo.

—¿Marzo?! —pregunto subiendo el tono de voz, algunas personas voltean a mirarme de

mala manera y los ignoro, por supuesto—. ¿Cómo es posible?

Mi esposa encoge sus hombros y coge mi mano con fuerza.

—Lo importante es que los veremos ahora.

—Si es que aparecen —respondo por lo bajo mientras el avión despeg—. Siempre tienen alguna excusa a último momento.



Oliver y Cala nos esperan en la terminal del aeropuerto internacional de Dallas con una sonrisa legítima.

Mi hermano está más ancho que la última vez que lo vi, el pelo más canoso, como su barba, pero el estilo es el mismo de siempre. Él siempre es el vaquero más elegante del rancho. Lleva una chaqueta de cuero marrón con cuello de borrego. Y ese sombrero negro no lo puedo ignorar. Apuesto a que se pasó media hora en el espejo, inclinándolo un poquito para que quedara justo en el ángulo perfecto, como si fuera Clint Eastwood.

—Hola, hombre rudo —digo fusionándonos en un abrazo tosco y muy macho, al estilo Walker.

—Hola, rata de ciudad.

Lauren y Cala se saludan en un abrazo eterno y mucho más suave que el nuestro, yo espero para poder hacer lo mismo, la última vez que los vimos fue durante el verano, en la casa de Luca.

—¡Qué ilusión volver a verlos! —dice Cala cuando al fin llego a ella.

Cala, en vez de reforzar la vestimenta cowboy como mi hermano, comenzó a virar hacia un estilo más hippie, propio de alguien que vive en algún lugar en un bosque encantado. Hoy se ha puesto su vestido largo de flores, que parece haber sido arrancado directamente de un campo de margaritas, todo vaporoso y suelto, perfecto para dar vueltas bajo el sol a cámara lenta. Encima, lleva una chaqueta de cuadros que, aunque recuerda a una manta de pícnic, de alguna manera, ella logra que se vea sofisticada. Y, por supuesto, no podían faltar las botas de cuero marrón, esas que de tanto que las ha usado ya tienen la forma exacta de sus pies, pero que le dan ese toque rústico que tanto le gusta.

—Lo mismo digo —suelto sobre su hombro.

—¿Tenéis hambre? En casa nos espera una comida caliente.

—Esto no es frío hermano —digo golpeando su hombro—, acuérdate que vivimos en Nueva York.

Oliver asiente con media sonrisa y mira a su esposa con complicidad.

¿Qué me perdí?

OLIVER

—¿Qué cojones es este frío? —se queja Silas cuando cierra la puerta trasera de mi Land Rover.

Miro a Cala de reojo con media sonrisa y ella responde con el mismo gesto, entiende perfectamente lo que le estoy diciendo.

—Te lo dije —respondo mirándolo por el espejo retrovisor—. Aquí está nevando también.

—Eso sí que no me lo esperaba —dice Lauren abrochándose el cinturón de seguridad—. ¿Siempre fue así?

—No —respondo acomodando mi sombrero antes de mover la palanca de cambios y retroceder por el aparcamiento del aeropuerto—. Comenzó en estos últimos años, gracias al cambio climático.

—Nos adaptamos —agrega mi esposa mirando hacia atrás—, hasta le encontramos belleza al campo nevado.

Sujeto su mano en el espacio entre los dos y le sonrío.

Mi Cala siempre observa el mundo con otros ojos y saca provecho de cualquier evento inesperado.

Hace unos años ya que se convirtió en tradición pasar la Navidad en mi rancho; es simplemente conveniente para todos, aquí hay espacio de sobra y, cuando necesitamos más, usamos la casa de invitados de Astor, que normalmente está vacía.

Mis nietos están creciendo como salvajes, el más grande cabalga de pie en el lomo del caballo, con eso lo digo todo.

—¿Ha llegado alguien ya? —pregunta mi hermano. Lo observo mirar por la ventanilla seriamente, *preocupadamente*, y me pregunto si en realidad quiere saber si su hijo está aquí.

Julián siempre corrió en paralelo a la familia, es parte de los Walker, pero a la vez no y creo que eso le preocupa intensamente a mi hermano.

Nuestra intención de ser una familia típica funcionó para el resto de los Walker, pero no tanto para Juli, y todos lo respetamos incondicionalmente. Él tiene sus tiempos. Su tolerancia a nuestras formas y volumen de voz suele ser bastante escasa, por eso quizás no participa tan activamente como otros, pero estoy seguro de que vendrá para estas navidades.

—Mila y Valentino están en casa con los niños —explica Cala—. Bernardo está en la casa de Astor.

Lauren se ríe.

—Astor debe estar feliz.

Me río con ella al recordar que mi hijo heredó mi mal carácter. Pobre Azul.

—Mi hijo es tan cascarrabias como visionario, por eso construyó la casa de invitados a un

costado de su campo, aunque conociendo a las muchachas, Azul y Harriet, deben estar todos juntos en una sola casa, haciendo fiesta de pijamas en el salón con los niños.

Me incorporo a la autopista, escapar de la ciudad es imperativo. Dallas es una locura en estas fechas, todo el mundo comienza a comprar regalos en el último momento, como siempre.

Vuelvo a ponerme serio cuando miro a mi hermano por el espejo y nace la necesidad de transmitirle un poco de tranquilidad.

—Estoy seguro de que llegarán hoy, hermano —digo con seguridad.

Silas encuentra mis ojos en el espejo retrovisor y asiente una vez, luego atrae a Lauren y la abraza con fuerza.



Mientras entramos al salón, el calor del fuego crepitando en la chimenea me envuelve al instante, llenando el espacio con un calor acogedor que se siente como un abrazo. El suave murmullo de las llamas es casi hipnótico, un acompañamiento perfecto para la calma que se respira en la casa. Ya son las nueve, los hijos de Mila están dormidos y la pareja nos recibe con una sonrisa mientras se reencuentran con Silas y Lauren.

Yo me siento en el sillón delante de la chimenea. El aire está impregnado de un aroma fresco y terroso, una mezcla del pino de los árboles de Navidad y el ligero toque a canela de las velas encendidas sobre la repisa de la chimenea.

Miro a mi alrededor y no puedo evitar sentir una profunda satisfacción. Durante muchos años, este lugar fue mi espacio de aislamiento, pero compartirlo con mi familia se siente bien, correcto. Las luces del árbol parpadean suavemente, emitiendo un brillo cálido que realza los adornos blancos y dorados, haciendo que todo parezca salido de una postal navideña. La corona verde que cuelga sobre la chimenea es imponente y elegante, decorada con piñas de nuestros pinos y pequeñas luces que danzan al ritmo del fuego. La guirnalda que adorna la repisa se integra perfectamente, con su follaje verde oscuro salpicado de destellos dorados que reflejan la luz de las velas.

El suelo cruje suavemente bajo los pies de mis invitados que se sientan a mi alrededor, aún quedan muchos por llegar, pero ya puedo sentir la atmósfera navideña.

Cala aprovecha mi brazo relajado contra el respaldo del sillón y se apoya sobre mi pecho, su olor inmediatamente me relaja.

Hemos pasado muchos años juntos y lo digo con orgullo: aún no me puedo creer que haya conquistado a alguien tan lleno de luz, cuando a mí me consumían las sombras. Pero aquí estamos, ella es parte de la familia, es querida por todos, admirada y eso me llena de satisfacción.

—Creí que Julián vendría con vosotros —dice Mila mientras deja sus pantuflas sobre la alfombra y sube sus pies con calcetines de Harry Potter al sillón.

Su esposo, Valentino, le alcanza una taza de chocolate caliente con malvaviscos flotando en la superficie y se sienta a su lado.

—Yo también —responde mi hermano con un tono rencoroso—, pero dijo que no llegaban al vuelo.

—Silas, ¿has viajado en aerolínea? —pregunta Valentino con una media sonrisa, su pelo está recogido en una coleta, algunos mechones sueltos. Lleva un jersey azul de cuello alto y unos

pantalones de pijama.

Me gusta que pueda bromear con mi hermano, al pobre le costó muchísimo sentirse aceptado por la familia tras el «escándalo» con Mila. Recuerdo haberle dicho a mi hermano Luca que solo los años le demostrarían si la pareja se amaba de verdad, y después de varios y tres hijos, podemos decir que su amor es inmenso.

Y eso me alegra.

Cuando uno experimenta amor verdadero, desea fervientemente que los demás lo experimenten también.

Así como lo hago yo, que me enamoré de esta mujer desde el día uno cuando la conocí en el hospital.

Cala, como si me sintiera, eleva la mirada y me sonríe, yo soy feliz dejándole un beso en la frente y acariciando su cabello.

LUCA

Mi piel, acostumbrada al sol constante de Florida, reacciona de inmediato, erizándose bajo el abrigo que apenas sé cómo usar. Exhalo y, para mi sorpresa, veo mi aliento formar pequeñas nubes que se disipan rápidamente. Cada paso que doy sobre la nieve cruje bajo mis botas nuevas como si fuera carbón, un sonido completamente desconocido para mí, pero fascinante en su novedad.

Nuestras vacaciones no son a lugares fríos como hacen la mayoría de los floridianos, nosotros viajamos a las urbes más hermosas del mundo o islas paradisíacas por una simple razón: Emma tiene muy malos recuerdos del frío que pasó en Nueva York cuando vivía con Lauren en un pequeño piso y no quiere experimentarlo nunca más.

Por supuesto, ante semejante revelación, he decidido complacer a mi esposa.

Pero con el paso de los años, Emma comenzó a encontrarle un lado acogedor a la Navidad nevada.

El aire en el campo de Oliver tiene un aroma diferente, fresco y limpio, con un toque de madera quemada que viene de la chimenea cercana. Mis mejillas arden con el frío, y los copos de nieve que se derriten al tocar mi piel me recuerdan al rocío matutino, solo que infinitamente más fríos.

Pero algo cambia.

A medida que la noche cae, las luces de Navidad comienzan a brillar y se reflejan en la nieve, proyectando una calidez inesperada en el entorno. Aunque el aire sigue helado, hay una magia en él que nunca había experimentado antes. Las decoraciones, tan distintas de las palmeras adornadas que conozco, parecen contarme una historia antigua de inviernos y noches acogedoras junto al fuego.

Cuando finalmente entro en la casa, el calor del hogar me envuelve. Casi toda la familia está sentada en la mesa del comedor, jugando un juego de mesa, riendo a carcajadas. Los niños están viendo *El Grinch* en la televisión mientras son supervisados por sus padres y abuelos. En ese momento me doy cuenta de que, aunque todo me resulta extraño y diferente, hay algo profundamente encantador en esta nueva forma de celebrar la Navidad.

La calidez no viene del clima, sino de la compañía, las risas y el amor que llenan la habitación.



Emma dibuja frente a la chimenea de nuestra habitación tarde en la noche.

Ya la casa volvió al silencio y a los crujidos de la madera cuando la temperatura comenzó a bajar.

—Hola, Cordero —digo poniéndome de cuclillas frente a ella.

Emma ahora usa unas gafas grandes y excéntricas que son más anchas que su cara, su pelo liso y mal recogido cae sobre sus hombros y esconde algunas canas en sus mechones amarillos.

Amo verla cómoda en su propia piel.

Amo verla dibujar en un sillón mullido y acogedor.

La amo como sea que la mire.

—Hola, mi amor —responde—, ¿cómo te fue con tus hermanos?

Killian llegó este mediodía y los cuatro nos sentamos en el salón solos, a conversar durante varias horas. Me gusta poder hablar con mis hermanos sin tocar temas como Property Group o los traumas de la infancia. Y es algo que no se da frecuentemente.

—Killian se terminó una botella de whisky y Oliver casi lo mata por ello; fuera de ese evento, todo bien. —Me siento en el sillón frente a ella y observo las llamas del fuego moverse—. ¿Crees que fuimos buenos padres, Emma?

Eso detiene el movimiento del lápiz y lentamente lo apoya sobre su cuaderno de dibujos.

—Creo que tuvimos aciertos y errores, como todo el mundo. Quizás hay cosas que me planteo hoy que hubiese cambiado, pero Mila es perfecta, así como es, por eso no pierdo tiempo en replantearme esas cosas. ¿Por qué me lo preguntas?

Suelto aire antes de responder, mis manos viajan al jersey verde oscuro que llevo puesto y acaricio la tela, no siempre puedo usar este tipo de ropa o sentir esta textura.

—Silas se hizo ese mismo planteamiento, no cree que la tardanza de Julián y Raven sea una casualidad. Se culpa a sí mismo, por dejarle a cargo la empresa y un mundo de responsabilidades. Creo que siente que a Julián no le interesa ser parte de la familia.

—No todo el mundo necesita a la familia como lo sentimos nosotros, Gárgola.

—Supongo que tienes razón, pero me apena ver a Silas cargar con esa culpa tan pesada.

—Estoy segura de que Juli está en camino, se están preocupando demasiado.

Me levanto y me acerco a ella cuando la veo acariciar su brazo con un poco de frío.

—¿Necesitas que te caliente, esposa mía?

Emma sonrío mordiéndose el labio inferior y asiente, tomando mi mano y dejándose llevar a la cama para pasar un gran momento juntos.

KILLIAN

—¡P ero ni las manos pusiste, Hope! —le grito a mi nieta, que está completamente boca abajo sobre la nieve.

Sí, nieta.

Soy el abuelo más sexy que hayas visto jamás.

—¡Zoy una niña! —grita con irritación y una muy mala modulación, aún me cuesta entenderle cuando habla—. ¡Vosotros sois adultos!

Trago mi risa histérica para que no lo note.

Mason está a mi lado, cubriendo su boca también.

Mi nieta se levanta y limpia la nieve sobre su ropa de invierno con brusquedad.

—Lo intentaremos otra vez —digo guiñándole un ojo a Mason, el muchacho será una figura prestigiosa en el mundo, pero ante mis ojos sigue siendo un niño, y desde que llegó a nuestras vidas ha sido parte de la familia Walker.

—¡No! No *quero* jugar más con vosotros, zois unos brutos. —Se da la vuelta y camina por el campo de Astor tropezando por los centímetros acumulados de nieve con sus piernas cortitas.

—¡Hope! —grito riéndome—. Ven, les prometí a tus padres que te cuidaría por más de una hora.

Me ignora.

—Tiene el carácter de la madre —dice Mason corriendo tras ella—, ¡lo conozco muy bien!

Mason la levanta del suelo y la carga sobre sus hombros, ignorando el berrinche que la niña hace. Cuando llegan a mi lado, la deja en el suelo y me pongo de cuclillas, no voy a negarlo, las rodillas me duelen y emiten un chasquido cada vez que se doblan, pero no pienso reconocerlo.

—Escucha, Hope, yo sé que extrañas tu habitación y tus juguetes, pero me gustaría que pasáramos un rato fuera, para que te oxigenes el cerebro.

Ella cruza sus brazos y pone los ojos en blanco.

—Ezo es de viejo, ya no ze dice así.

—¡Oye! —subo el tono—. No hace falta insultar, está bien, toma la pelota, intentémoslo una vez más. Mason, recuerda que Hope es una niña pequeñita, debes tener más cuidado. —Guiño un ojo hacia él y responde:

—Claro, lo siento Hope, ¡no volverá a ocurrir!

Y así nos pasamos cuarenta minutos jugando con una pelota sobre la nieve.

Cuando sus cachetes se vuelven colorados, la cargo hasta la cabaña de Astor, donde están todos los menores de dieciocho a punto de cenar y ver una peli navideña, hoy es noche de adultos solos, así que ellos se quedan aquí con una niñera, mientras los demás nos emborrachamos.



Silas y Lauren están juntos en el sillón blanco frente a la chimenea, estos dos son pegajosos, siempre encima del otro, no importa la edad o la cantidad de canas, son culo y calzón. Aunque no son los únicos porque cuando miro hacia un lado, encuentro a Oliver y Cala preparando algo en la cocina, riendo a carcajadas por algo que mi hermano le dice al oído a su mujer. Emma está buscando una lista de reproducción navideña con el control remoto en la mano y Luca le indica desde el sillón cuál probar.

—¿Dónde están los jóvenes? —le pregunto a Red que viene hacia mí con dos vasos de algo que se ve muy alcohólico, me encanta.

—Astor y Azul están llegando, creo; Bernardo y Harriet fueron a «ponerse algo más abrigado» —aclara haciendo comillas con una sola mano— y Mila y Val...

—Aquí —dice mi sobrina preferida cuando entra al salón y se sienta al lado de su padre. Luca la abraza y la atrae cerca, mientras Valentino se coloca a mi lado.

—Siempre será una niña de papá —susurro mirándola.

Valentino también la observa con ojos enamorados, debo admitir que al principio me costó aceptarlo, *muchísimo*, pero ahora lo «naturalicé», como dice Bianca.

—Mientras el padre me quiera, yo no tengo ningún problema —susurra Val mirando a Luca con un poco de miedo.

Creo que, de todos, Luca es el que más aprecio siente por Valentino, no solo porque es el padre de sus nietos, sino también porque ha demostrado una y mil veces que mi amigo no se toma esta vida a la ligera. Lo demuestra con la protección que le provee a Mila, la adoración en sus ojos, la fascinación que tiene por sus tres hijos (especialmente la pequeña, que es su debilidad) y por lo mucho que le interesa la familia Walker.

Oliver y Cala se acercan a la gran mesa de café con una bandeja llena de tazas con algo que parece chocolate caliente, pero estoy seguro de que es Baileys con malvaviscos, nata y sirope de chocolate por encima.

—¡Venid todos! —dice la dueña de la casa y rápidamente obedecemos.

El sillón de Oliver tiene forma de L y cabe casi toda la familia en él, inclusive Astor y Azul, quienes entran de la mano y con los cachetes colorados.

Digo casi porque si Julián y Raven estuvieran aquí no tendrían dónde sentarse, por eso mi hermano deja sillas extras preparadas hacia los lados.

Dos horas y tres rondas después de esta cosa adictiva que tengo en mis manos, las risas ya son incontrolables y es el momento justo para anunciar mi gran descubrimiento, ya que todos tienen los sentidos nublados y es más divertido así.

Bianca asiente cuando la miro, entendiendo perfectamente mi mirada, y digo:

—Familia, ¿recordáis que este año me puse como meta finalmente vender la casa donde crecimos?

Mis hermanos asienten.

—Y como todos sabéis, tuvimos un comprador al poco tiempo de ponerla en venta. —Tras el fallecimiento de nuestros padres, los cuatro reflexionamos durante mucho tiempo sobre la decisión de vender semejante mansión. Ninguno de nosotros la quería, por supuesto los recuerdos de esa casa no son todos positivos, y yo, al tener esa inclinación nefasta de estar tan involucrado con mis padres, me eché al hombro la tarea de limpiar el lugar. Bianca me ayudó a

seleccionar y donar los muebles y todo lo que era aprovechable a las organizaciones con las que Property Group trabaja codo con codo.

—¿Esto es para que te besemos los pies? —pregunta Silas llevando el vaso a sus labios—. Todos sabemos que amas el reconocimiento.

—No, bueno sí, pero no es por eso —respondo—. Esto es para contaros que en la buhardilla he encontrado una caja con el nombre de Betty Roosevelt y Theodore Walker, nuestros abuelos, y dentro de ella había una...

La puerta se abre de golpe.

El impacto resuena en la casa y todos nos volteamos al instante.

Julián entra apresurado, las mejillas enrojecidas por el frío, con copos de nieve derretidos sobre los hombros de su cazadora. Su respiración es rápida, y aunque estamos borrachos y en medio de las celebraciones, algo en su expresión nos pone en alerta de inmediato.

Mi hermano Silas se levanta de un salto, el ambiente festivo suspendido en el aire, como si algo inesperado estuviera a punto de pasar. Todo se detiene. Incluso la molesta música navideña de fondo se siente distante y fuera de lugar.

—Tengo algo que mostraros —dice Julián, con una sonrisa nerviosa que ilumina sus ojos de manera extraña, casi como si estuviera a punto de reventar de la emoción contenida.

Un cosquilleo recorre mi piel.

Silas cruza los brazos, arqueando una ceja, y yo no puedo evitar mirarlo, esperando alguna pista. Pero la respuesta no llega hasta que las pisadas de alguien más rompen el tenso silencio.

Entonces, Raven aparece en el umbral, su sonrisa radiante, los ojos brillando con algo que no logro descifrar por completo. Todos la miramos con expectación, pero en el fondo, algo ya empieza a encajar en nuestras cabezas. Y ahí está, esa chispa en el aire que empieza a encender una explosión de emoción.

De pronto, como si todos lo entendiéramos al mismo tiempo, una exclamación de sorpresa y alegría recorre la sala.

Las caras se iluminan.

Lauren se lleva las manos a la boca, Silas suelta una risa incrédula, y yo apenas puedo asimilar lo que veo.

Raven mueve sus manos por su vientre pronunciado con un gesto suave, pero lleno de significado.

—Vamos a tener un bebé —anuncia ella, su voz temblando por la emoción.

Los gritos, risas y abrazos llenan la casa en cuestión de segundos. La noticia nos envuelve, cálida y feliz, y el suspenso se disipa en una ola de euforia. Todos sabíamos que algo grande iba a suceder, pero esto... Esto es más de lo que podíamos haber soñado.

SILAS

Joder, me falta el aliento.

Nunca vi a Julián tan expresivo, tan exultante y exaltado, excepto el día de su boda quizás.

Raven sonrío abiertamente cuando aparta su cazadora para enseñarnos su protuberante vientre y el mundo se detiene.

No sé por qué me veo tan afectado por esto, pero puedo sentir mi pecho reaccionar, mis ojos mojarse por la adrenalina, aunque comienzo a reírme sin control.

Lauren se pone de pie a mi lado, cubriendo su boca con las dos manos, sus ojos cerrados y lágrimas cayendo.

Cojo su mano y me acerco a mi hijo antes de que todos lleguen a él. La familia grita y aplaude, pero yo solo me concentro en ellos dos y en mi esposa.

Mi hijo me mira, sin embargo, es arrebatado por Lauren cuando lo abraza y yo camino sonriendo de oreja a oreja hacia Raven, sujeto su rostro con mis manos con una gran sonrisa en mi rostro.

—Queríamos que fuese sorpresa —dice ella con emoción al borde de sus ojos.

—Ha sido el mejor regalo que podríais habernos dado. —Beso su frente y la atraigo en un fuerte abrazo—. No tienes una idea.

Mi pecho se infla con un aire nuevo, con vientos diferentes; cuando me aparto de Raven, es interceptada por Conejita y las dos lloran juntas.

Yo miro a mi hijo y él me mira a mí y encoge los hombros despreocupadamente.

—Esta era la única razón que justificaría haberme ignorado durante meses, hijo.

Julián, que odia los abrazos, se une conmigo.

—Es un embarazo con complicaciones; hemos venido en coche hasta aquí —dice, haciendo que me despegue de él y busque su mirada.

—¿Desde Manhattan?!

—Sí, no queríamos arriesgarnos, pero tampoco perdernos esta reunión.

Mis hermanos llegan en ese momento y acaparan toda la atención de mi hijo y Raven. Todos, de hecho, están a su alrededor haciendo mil preguntas y puedo ver a mi hijo empezar a sentirse apabullando.

—Bueno, bueno, ¡tranquilos, fieras! Dadles espacio.

Raven abre el camino y todos nos apartamos para que pase maniobrando su cuerpo y se deja caer en el sillón donde estábamos hace unos minutos.

Lauren se sienta a su lado y le entrega un vaso de agua, los demás nos sentamos donde podemos y miramos con asombro el tamaño de su barriga.

—Estoy de ocho meses —aclara, haciendo que todos asientan; su mano acaricia su barriga

como recuerdo que hacía Lauren cuando esperábamos a Julián—, es un varón.

Mis hermanos y yo festejamos.

—¡Alfa Walker! —grita Killian, nadie aquí está del todo sobrio, así que se lo dejo pasar.

—¿Cómo se llamará? —pregunta Mila al borde del sillón.

—Aún no lo sabemos, creímos que podríamos charlarlo ahora, con vosotros.

Una avalancha de preguntas cae sobre Raven, pero yo miro a Julián, quien está de pie a un lado de la chimenea y la escucha atentamente con una mirada que conozco demasiado bien. Por esa razón, aparto a mi hijo para conversar en privado.



Nos refugiamos en la oficina de Oliver, un santuario de privacidad en medio del bullicio. Aunque las risas y las conversaciones animadas de nuestra familia aún resuenan a lo lejos, aquí la atmósfera es distinta, cargada de una intimidad casi palpable. La luz cálida de la lámpara de escritorio se enciende con un suave clic, proyectando un resplandor tenue que apenas roza las sombras de un despacho sobrio y elegante, impregnado del aroma a cuero y madera pulida.

Julián, envuelto en un jersey verde musgo que parece absorber la poca luz que lo alcanza, cruza los brazos antes de hablar. Hay algo en su postura, en la quietud de su figura, que refleja un cansancio profundo. Las ojeras marcadas debajo de sus ojos sugieren noches de insomnio, y me atrevo a decir que ha perdido algo de peso. El silencio se instala entre nosotros, solo roto por el leve crujido de la madera bajo sus pies, como si el espacio mismo contuviera la respiración, esperando las palabras que están por venir.

—¿Cómo te sientes? —pregunto con cuidado. Mantengo una postura relajada sobre el borde de un escritorio ornamentado. Mi cuerpo está ligeramente inclinado hacia adelante.

—Emocionado —responde, y cuando yo no acoto nada, agrega—: Me aterra.

—Todos nos sentimos así al principio, hijo.

—Pero tú sabes mejor que nadie que desde niño siempre he necesitado que las cosas estén de cierta manera. Las rutinas, los horarios, el orden... me ayudan a mantener el caos del mundo exterior. Pero ¿qué pasará cuando mi hijo esté aquí? Los bebés no entienden de horarios ni de rutinas. ¿Y si me abrumo? ¿Y si no puedo manejarlo?

» Y luego está esa otra parte de mí, la que no puedo controlar ni cambiar. Mi cerebro funciona de una manera diferente, lo sé, lo he sabido toda mi vida. Es algo con lo que he aprendido a vivir, pero ¿y si mi hijo también lo hereda? ¿Qué pasa si su vida es tan difícil como lo fue la mía? No quiero que él sienta lo que yo he sentido, esa sensación de estar fuera de lugar, de no entender cómo funcionan las cosas a veces, de no encajar.

—Hijo... —Camino hacia él y coloco mis manos sobre sus hombros, puedo escucharlo acelerarse y entrar en un caos paralizante—. Tu hijo vivirá momentos de mierda en la vida, es inevitable, habrá situaciones donde se sienta inferior, o quizás le rompan el corazón; sentirá que no encaja en el mundo, como la mayoría de los adolescentes, y cuando tenga dieciocho y granos en la cara, querrá impresionar a una muchacha y probablemente se rían de él. —Julián me mira aterrado—. Pero también tendrá amigos incondicionales, primos, tíos, abuelos que estarán para él cuando necesite apoyo; podrás darle todo lo que quiera y generará grandes momentos de conexión contigo y con el mundo, se reirá con chistes malos y se sentirá feliz a ratos; será una

experiencia humana, Julián, debemos pasar por todas esas cosas para aprender a diferenciarlas de otras, ¿entiendes lo que quiero decir?

—No conocemos la felicidad si no experimentamos la tristeza.

—Exacto. —Me alejo de él, para buscar la pequeña colección de licores que tiene Oliver escondida aquí, saco la botella de cristal con dos vasos y los sirvo.

—Intento tranquilizarme —dice sujetando el vaso—, me repito que aprenderé, que lo haré bien. Pero la verdad es que no lo sé. La idea de ser responsable de alguien más, alguien tan pequeño y vulnerable, es abrumadora. ¿Qué pasa si cometo errores? Todos los padres los cometen, lo sé, pero... ¿y si los míos le afectan de una manera que no puedo prever?

—Debes respirar y saber que no importa lo que hagas, traumatizarás a tu hijo. —Los dos nos reímos al mismo tiempo, de la misma forma y con el mismo tono. Joder, los genes son una cosa maravillosa.

—Sé que lo amaré con toda mi alma, será la creación entre el amor de mi vida y yo. Sé que haré todo lo que esté en mi poder para que él tenga una buena vida. Me aferro a esa idea, a la esperanza de que, aunque no sea perfecto, aunque cometa errores, seré el padre que él necesita. Tal vez eso sea lo único que realmente importa.

—Y esa, hijo mío, es la sabiduría Walker.

OLIVER

La mañana se despliega en un silencio casi sagrado, un contraste marcado con la noche anterior, llena de conmoción y alegría desbordante después de la gran noticia. Los ecos de las risas y las conversaciones ahora se han desvanecido, dejando tras de sí un rastro de vasos olvidados sobre la mesa de café y otras superficies, testigos de la celebración. La casa duerme, sumida en una quietud que parece envolver cada rincón.

Excepto en la cocina, donde mi esposa rompe el silencio con el suave tintineo de una cuchara al revolver su café. Está sentada, hojeando una revista con una calma que me relaja como nada en el mundo, hasta que veo la portada, donde mi imagen me mira de vuelta con una expresión que parece ajena. Ella no levanta la mirada, simplemente dice:

—Buenos días, vaquero.

Se pierde cómo pongo los ojos en blanco al verme allí. Aparentemente, soy algo que la gente admira, especialmente la gente que quiere hacer montañas de dinero. No fue tan difícil entender que el número de migraciones a Texas era elevadísimo comparado con otros estados y que por eso era necesario construir barrios enteros en las zonas más deseadas. Que todo el mundo me quiera hacer una nota con las palabras «visionario» o «innovador» reflejan solamente lo cerradas que eran sus mentes.

—¿Cómo supiste que era yo? —pregunto dejando un beso en su mejilla, ella abandona la revista y me sonríe con adoración.

Joder, amo a esta mujer.

—¿Realmente crees que no sé diferenciar tu forma de caminar de la de tus hermanos?

Me sirvo una taza y me siento frente a ella.

—¿Y cómo camino yo? A ver... —Oculto mi risa tras la taza.

—Depende del día —dice envolviendo sus manos en la cerámica tibia—, si estás enfadado, se escuchan pasos firmes y toscos; si estás cansado, arrastras los pies...

—¿Y si estoy caliente? —susurro con maldad.

—Ahí caminas rápido —se ríe.

—Claro, para tenerte más...

—¡Buenos día, familia! —dice Killian entrando por la cocina, deja un manotazo en mi espalda haciendo que salpique café sobre la superficie y a Cala la abraza fuertemente.

Gruño por lo bajo, maldiciendo a mi hermano por interrumpir un momento perfecto con mi esposa.

Bianca entra detrás de él, su pelo descontrolado está recogido en una coleta alta y algunos mechones caen hacia los lados de su rostro, su pijama navideño verde oscuro contrasta perfectamente con el rojo de su pelo.

—¿Café? —ofrezco y los dos asienten.

—Oye, Kill —dice Cala, acabando con cualquier posibilidad de tener relaciones conmigo esta mañana—, ¿qué ibas a decir anoche sobre la casa?

—Oh, es una sorpresa, voy a esperar a que estén todos.

Inmediatamente, me intriga; sin embargo, mi cerebro reemplaza la intriga cuando seis niños entran corriendo por el salón.

—¡Queremos montar en poni! —gritan todos.

—Y no se olvidan... —susurro por lo bajo.

—¿Realmente crees que un niño se va a olvidar de la posibilidad de montar en poni? —pregunta Cala—. Vamos, te ayudaré a preparar todo.

Cala rescató un poni hembra de un circo ambulante hace un año, la pequeña era arisca, pateaba y era obstinada, por eso le pusimos Dolores Umbridge. Pero Cala, con mucha paciencia y amor, la convirtió en un animal dócil y leal; ahora el nombre no le queda tan bien.

Literalmente cuando la ve se pone contenta y la recibe como si fuese un gran perro feliz.

—¿Ya desayunasteis? —pregunto alzando a mi nieta, Clementine.

—Chiii —responde haciendo que la apriete con un abrazo lleno de amor.

—Está bien, vamos entonces.

Todos gritan lanzando tonos alarmanamente agudos y Cala me sonríe, porque sabe que cuando nos conocimos, yo fantaseaba con esto.

Y ahora lo tengo todo.



Faltan cuatro días para Navidad, pero la energía en el aire es tan vibrante que parece que ya fuera Nochebuena.

El entusiasmo colectivo es palpable.

La mesa, larga y generosa, está desbordante de vida y de risas. Las fuentes, repletas de comida humeante, se deslizan de mano en mano con una prisa alegre, como si los comensales no pudieran esperar ni un segundo más para saborear los manjares que circulan. El tintineo de los cubiertos y el murmullo animado de mi familia crean una sinfonía festiva que llena el ambiente.

Yo estoy sentado en la cabecera y escucho atentamente a mi hermano Killian.

—No, no descubrí que la abuela era *estríper* —dice riendo ante la sugerencia de Bernardo—, descubrí algo mejor.

Del bolsillo trasero de sus vaqueros, extrae un pequeño cuaderno, su cubierta gastada y arrugada revela el paso del tiempo. Es un objeto viejo, con esquinas dobladas y páginas amarillentas, que parece contener recuerdos y secretos acumulados a lo largo de los años.

—¿Qué es eso? —pregunta Silas intentando arrancarlo de la mano de Kill, pero este es más rápido y lo aleja.

—Es una bitácora, la abuela escribió sus primeros pasos por la industria aquí y está todo preservado.

—¿Bitácora? —pregunta Julián mientras se sirve una cucharada de puré de patatas.

—Así es.

—Increíble, ¿y qué dice? —pregunta Emma espiando por encima del hombro de Killian.

—Eso os iba a proponer, leeros un poco de esta historia, creo que os va a gustar muchísimo.

Después de la cena, cuando todos los niños ya duermen plácidamente, *o eso nos hacen creer*, enciendo la chimenea, y el crepitar del fuego llena el ambiente con tranquilidad. Repartimos mantas entre nosotros, envolviéndonos en su suave calor, mientras la luz anaranjada danza sobre las paredes.

Kill, sentado en su sillón favorito, el que está justo al lado de la chimenea, carraspea suavemente la garganta, preparando su voz para empezar a leer.



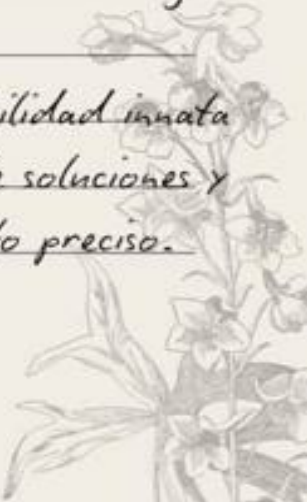
Bitacora de una mujer moderna #1

La fiesta de graduación de la clase de 1957 se acerca,
faltan solo unos días, pero el vestido ha estado colgado
prolijamente en la puerta de mi habitación desde hace dos
meses. Le hice un boceto a la costurera para que lo replica,
y lo confeccionó exactamente como lo imaginé. ★

El corte palabra de honor realza el cuello y los hombros
de manera exquisita, mientras que el delicado estampado
floral sobre el fondo blanco le da un aire fresco. La falda
amplia y los guantes largos aportan el toque final.

Mi madre, bueno, ella es una mujer de gran organización,
aunque algunos podrían decir que a veces roza la obsesión,
dependiendo de quién la mire. En mi opinión, creo que mi
madre es una mujer con un potencial inmenso, lamentablemen
te confinado a las tareas domésticas que nos han sido asignadas
a nosotras, las mujeres, en esta época.

Pero no me malinterpretes, mamá tiene una habilidad innata
para los números, es creativa en la búsqueda de soluciones y
siempre encuentra la palabra justa en el momento preciso.



La diferencia entre ella y yo es que yo no permitiré que me corten las alas.

Y no, ser secretaria en la oficina de mi padre no es mi mayor ambición en la vida. Mi plan ya está en marcha, y tan pronto como obtenga mi diploma de Bachillerato, nadie podrá detenerme. ¡Que se aparten, porque aquí vengo yo!

Boceto para
la costurera ♡



Bitacora de una mujer moderna #2

Billy fue mi compañero de baile en la graduación. Aburrido como mirar la pintura secarse. Se comporta como si yo fuera la Virgen María y me trata como si estuviera hecha de cristal. ¿Será que todos los hombres son así?

Sé que mi padre lo es. Un día, en pleno verano, cuando le eché agua a mi madre para refrescarla, me acusó de asesina porque, según él, estaba «en esos días» y el agua podía matarla. ¿Puedes creerlo?

Ya me imagino la portada de las revistas: «Muerte por agua: la nueva amenaza femenina». ¡Qué disparate! 🧠💧 Este miércoles, iré al banco con mi mejor vestido negro y me presentaré para pedir un préstamo. Después de todo, ¿quién podría decirle que no a una mujer a la que confunden con Audrey Hepburn? Estoy segura de que será todo un éxito.



Me aburrí de dibujar 😊



ASTOR

—¿Audrey Hepburn? —pregunto—. No sabía que se pareciera a ella.

—¿Nunca viste una foto de la abuela? —pregunta mi padre extrañado.

—No.

Mi tío Killian busca en las últimas páginas del pequeño libro y me alcanza una imagen, que pasa por todas las manos menos la mía. Cuando finalmente Blue la tiene en su poder, me la muestra y la observamos con cuidado.

La foto es en blanco y negro, ella está apoyada contra un mueble y mira a la cámara. Su rostro refleja una serenidad delicada, con pómulos altos y aristocráticos que le dan una estructura elegante. Los ojos, grandes y expresivos, parecen tener una mirada de ensueño, enmarcados por cejas perfectamente arqueadas que añaden un toque de sofisticación. El peinado, recogido y perfectamente pulido, completa un look que, sin duda, recuerda a la elegancia atemporal de las estrellas de cine.

—Entonces, ¿ella era una Walker?

—Sí, bueno, eventualmente, cuando se casó con mi abuelo Theo; ella era mi abuela por parte de padre —explica mi padre—, y ella fue quien fundó Property Group.

La foto sigue su camino y termina en manos de Julián. Él también la mira con detenimiento, creo que no era el único que desconocía a nuestra bisabuela.

—¿La llegasteis a conocer? —pregunta Blue mientras juega con su anillo de casada en el dedo.

No me canso de verlo allí, como no me canso de observar el mío y saber que estoy casado con el amor de mi vida, con mi mejor amiga y la única mujer que absorbe mi concentración absoluta. Y no solo eso, sino que logramos formar nuestra pequeña familia junto con Liam y Clementine, quienes están desmayados después de corretear todo el día con sus parientes. Y no, no están solos, la madre de Blue está con ellos en este momento. Ella pasará con nosotros la Navidad; es la primera vez que vivirá toda la experiencia Walker.

Qué suerte que ya estoy casado y no podrá alejar a Blue de mí después de ver semejante circo.

—Poco y nada —responde mi tío Silas—, recuerdo que siempre estaba ocupada.

—Es verdad —dice mi padre—, pero los regalos eran geniales.

Mis tíos lo acompañan en la risa, hasta que Mila dice:

—¿Y? ¿Qué más dice? —y mi tío sigue el relato.

Bitacora de una mujer moderna #3

¡Qué desastre! Maldigo a los hombres, al banquero en particular, y a cualquiera que se atreva a pensar que puede detenerme. Hoy fui al banco en metro, luciendo mi mejor vestido, con un peinado impecable, los zapatos perfectos y el maquillaje sin un solo error.

Llevé conmigo todos mis gastos organizados al detalle, mis planes a futuro, y un claro esquema de cómo devolvería el préstamo. Pero ese banquero, con su pelo grasoso y un aliento que olía a desechos, ni siquiera se molestó en escuchar mi idea antes de decirme que no.

Indignada, exigí hablar con el gerente para obtener una explicación. Y su respuesta me dejó helada. Según él, las mujeres no pueden hacer esas demandas. ¡Como si estuviéramos en la Edad Media!

Pero esto no quedará así. Estoy decidida a encontrar una solución, y no descansaré hasta que se me dé lo que me merezco. ¡No saben con quién se han metido!



—¿Cuál era su idea? —pregunto con curiosidad, sé lo que es tener una idea y que pocos creen que es buena.

—Tengo entendido que quería comprar pisos en el Upper Side y alquilarlos, no estoy seguro —dice mi tío Silas.

Mi tío Killian nos observa sacar conjeturas, con una media sonrisa, disfrutando de vernos debatir entre todos.

Cuando estoy a punto de hacer más preguntas, Azul mira su móvil, un mensaje de su madre diciendo que Liam no puede dormirse. Blue me observa y sin decir más, cojo su mano y nos levantamos.

Es hora de ir a casa.

VALENTINO

Tengo a Luna en mis brazos, dormida y babeando sobre mi hombro en un pijama de una pieza con forma de osito con orejitas. Fue la primera en caer, mientras Mila les cuenta un cuento a Nicolás y Amadeo, que la escuchan con ojos entrecerrados en un colchón inflable al lado del nuestro.

Observo a mi esposa interpretar la historia con pasión, cambiando las voces de los personajes, enfatizando sus intervenciones, y no puedo evitar mirarla con ojos enamorados.

Nuestros años de matrimonio no serán muchos, pero cada segundo con ella y con la familia que creamos han sido maravillosos.

Fue el remedio que necesitaba mi alma y, después de los momentos difíciles que pasamos para estar juntos, tengo claro que fue la mejor decisión que tomé en mi vida.

—No sé a quién le estoy contando esta historia —susurra Mila derrotada al ver a los dos desmayados.

—Yo te estaba escuchando, Sirena —respondo meciendo a mi hija.

Mila me sonríe y termina de arroparlos; hoy hemos tenido mucha actividad, ya que Cala suele ir a un centro de acogida a una hora de Dallas, donde festejan la Navidad con niños no tan afortunados como los míos, y muchos de nosotros hemos querido acompañarla en esta misión. Mis hijos experimentaron un golpe de realidad que no esperaban sentir hoy.

Creo que no habían apreciado lo afortunados que somos.

Cenaron temprano y ahora los tres duermen profundamente.

Dejo a Luna en nuestra cama y finalmente encuentro a Mila de pie mirándola con ternura en sus ojos.

—No quiero que crezcan —susurra.

La atraigo a mis brazos y la rodeo, escuchamos las voces de la familia abajo, haciendo sobremesa.

—¿Esta es tu forma de decirme que quieres más bebés?

Ella mira con añoranza a nuestra hija y suspira.

—No, por el momento no, no me gusta sentir que no puedo darles la misma atención a todos, y apenas ahora logré encontrar un equilibrio.

Beso su frente y luego sus labios con mucho esmero.

Con suavidad y adoración.

Y Mila se relaja entre mis brazos, mi momento preferido del día.

—¿Quieres que nos unamos a los demás o prefieres quedarte aquí?

—¿Estás loco? ¡Me muero por saber cómo sigue la historia de Betty! —Me deja un beso rápido y abre la puerta—. *Maridito*, —bromea— ven conmigo.

—Sí, mi señora.

Cuando llegamos, Killian acaba de comenzar, toda la familia está distribuida entre el salón y el comedor, escuchándolo atentamente. Mila coge mi mano y nos quedamos de pie, a un lado, ya que casi no hay espacio, yo la abrazo por detrás y apoyo mi barbilla en su pelo.

Bitacora de una mujer moderna #4

Mi padre vino ayer con esos aires de grandeza que me encantaría saber de dónde le vienen y me pidió, no, no me pidió, me exigió una explicación, ya que algunos agentes del banco son amigos de él y, como viejas cotillas, fueron corriendo a contarle que había tenido la descabellada idea de pedir un préstamo y, peor aún, abrir una cuenta de banco.

Se rio de mí, diciendo que no sea ridícula, que mi única misión en la vida es ser ama de casa y parir hijos como si fuese un animal de granja.

«¡Yo no quiero casarme!», le dije, dándole énfasis a mi declaración clavando el tacón de mi zapato en el suelo.

Su respuesta fue: «Tú te casarás como toda dama de tu edad debe hacer, es más, si quieres impresionar a tu futuro marido, te recomiendo que te limpies ese maquillaje corrido que tienes de tanto llorar, vendrán a cenar esta noche».

¿Disculpa? ¿Maquillaje corrido? ¡Mi maquillaje estaba impoluto!

«¿Futuro marido?», dije mirando a mi madre, quien se mantenía en silencio en la puerta de la cocina, mirando al

Yo según mi padre



suelo como si fuese una obra de arte.

«Sí», me respondió, «Los Walker vendrán esta noche y espero que cumplas bien tu papel, Betty, o juro por dios...»

No voy a escribir lo que dijo después, porque no lo escuché, me giré sobre mis talones y me fui a mi habitación, y ahora sí fue a llorar.

NO!



—Qué rebelde, la abuela —dice Luca cuando Killian termina.

—Siempre fue de carácter fuerte —recuerda Silas—. Un día le dijo a mamá que debía dejar de cuidarse tanto las uñas y salir a trabajar, mamá estuvo ofendida durante días.

Todos liberan una risa por lo bajo.

—¿Alguien quiere chocolate caliente? —pregunta Oliver mientras se levanta.

—¡Yo! —dice Mila—. Déjame ayudarte a prepararlos.

Me resulta difícil soltarla, dejarla ir con su tío; mis brazos se resisten y ella lo nota, por eso deja un beso en mi mejilla y susurra en mi oído:

—¿Quieres que nos escapemos después?

Asiento lentamente.

Controladamente, mientras miro sus ojos con intensidad.

Mila tiene ese efecto en mí que me hace tomar decisiones impulsivas, instintivas.

Ella sonríe y se escapa, Killian me atrapa mirándole el culo y carraspeo la garganta nerviosamente.

—Ven, Val, siéntate a mi lado —dice haciendo hueco en el sofá—. ¿Necesitas algo frío?

Pongo los ojos en blanco, pero lo hago de todos modos, mientras sigue leyendo.



Bitacora de una mujer moderna #5



Estaba esperando algo horrendo, no sé por qué lo imaginé así, algo escuálido, con pantalones extragrandes y marrones, gafas anchas o pelo grasiento.
¡No esperaba esto!

Esto hace que trague saliva nerviosamente cada vez que lo encuentro mirándome.

Theodore Walker tiene la sensualidad de Marlon Brando y el mal carácter de un oso hambriento.

Su pelo es ondulado, lleva solo un poco de gel, por eso no parece despeinado; sus ojos son de un celeste que nunca vi antes, intensos y penetrantes, parecen escrutar directamente mi alma, desnudando mis pensamientos y dejándome sin aliento. Hay una mezcla irresistible de arrogancia y vulnerabilidad en su expresión, como si supiera el efecto que tiene en mí, pero sin revelarlo del todo. Me siento atrapada por esa mirada, fuerte y segura, que me hace sentir deseada y al mismo tiempo un poco temerosa, porque sé que detrás de esos ojos hay una fuerza que





podría arrasar con todo a su paso.

Sin embargo, lo primero que me dijo cuando se sentó a mi lado fue: «¿Eso es un mantel o un vestido?»

Y fue en ese preciso momento cuando todo se descontroló.

Porque toda la charla que me dio mi madre sobre ser educada, sensible y delicada como la porcelana china se desvaneció de mi cabeza.

«No espero que un orangután sepa diferenciar una rosa de la hierba».

Él se rio con arrogancia, y yo quería golpearlo en su nariz marcada hues de Adán.



Mila parece superentusiasmada por la historia, tanto que cuando subimos las escaleras para ir a dormir, me habla sin parar de todas sus conjeturas de la historia y cuánto le gustaría haber conocido a Betty.

—¿Extrañas el romance, Sirena? —pregunto con una mano sobre su hombro, caminamos por el pasillo.

Es entendible que, en el día a día, esa magia que tiene el romance se haya desvanecido; siempre estamos acompañados por los niños, y debo reconocer que tener citas se complica en esta época del año, donde las fiestas llegan con fuerza y el mundo se vuelve loco.

—Mmm —susurra mirándome con ojos pecaminosos, nos detenemos en la puerta de nuestra habitación—, ¿qué tienes en mente, Ricci?

—Algo me dice que el salón de juegos está vacío ahora... Ven. —Cojo su mano y cambiamos el curso de nuestro destino.

Abro la puerta con cuidado y espío dentro del espacio, recuerdo hace muchos años que esta habitación solía ser la cueva de Oliver, pero la convirtió en un espacio para los niños, con juegos y suelo acolchado.

Arrastro a Mila conmigo y nos dejamos rodear por la oscuridad.

Ella se ríe y yo cubro su boca con la mano hasta encerrarla entre la pared y mi pecho.

—Debes ser silenciosa —susurro sobre sus labios, mis manos se deslizan por su pecho—, es más... —Cojo un pequeño peluche cerca de mi pie y se lo meto en la boca—. Solo por si acaso.

Ella comienza a protestar, pero se silencia cuando acaricio su coño con lentitud. Puedo ver sus ojos virar hacia atrás en la penumbra que entra por las ventanas.

—Joder, cómo me gusta tocarte —gruño dejando que mis dedos se muevan sobre la tela.

Comienzo a darle placer, prepararla para mí, cuando la puerta se abre de golpe y Julián y Raven entran con el mismo sigilo que nosotros.

—¡Joder! —grita Julián cubriendo sus ojos.

Mila y yo nos despegamos y ella escupe el peluche violentamente de su boca.

—¡Oye, nosotros llegamos primero, vete! —dice Mila.

—¡Yo duermo aquí! —se queja Julián.

Es entonces cuando agudizo la mirada y encuentro en un rincón una cama montada para los padres primerizos.

Mila y yo nos miramos con decepción y suspiramos profundamente, hay que buscar otro rincón en esta mansión.

BERNARDO

Harriet me da un golpecito en la mano cuando intento tocarla de camino a la casa de invitados de Astor, donde nos hospedamos. El silencio del campo por la noche es ensordecedor, excepto por los grillos y algún coyote que se escucha a lo lejos.

—¡Oye! —me quejo.

—¡Aquí no!

—¡No nos ve nadie! —protesto, intentando otra vez sujetarla—. Hace frío, quédate a mi lado.

—¡No te hagas el romántico ahora, Berny! —dice ella con una media sonrisa, sé que le gusta cuando le hablo así.

Estamos caminando por el exterior de la casa y cuando giramos en una esquina, escuchamos una voz.

Harriet se detiene, haciendo que me choque con ella.

—¿Qué coño?

—¡Sh! —dice ella cubriendo mi boca, estamos debajo de uno de los balcones de la casa—. Creo que escucho a Mason.

—¿Mason? Pero si él se duerme temprano, el *nerd*.

Pero entonces escucho su voz clara que proviene de encima de nuestras cabezas.

—Yo también te extraño —dice Mason. Harriet abre los ojos y su boca también, la cubro inmediatamente—. Lo sé, pero en unos días estaré allí y podré hacerte todas esas cosas que quieres que te haga.

Cambio de la boca a los oídos. Es imperativo que los cuide de esas palabras tan cochinas.

Harriet está en shock y yo, reprimiendo una risa, me acerco a su oído.

—Como ha crecido el niño, ¿no crees, mamá Harriet?

Ella me empuja y yo tengo que tragar la risa que esto me provoca.

Mason se mostró siempre muy asexual; honestamente, me llamaba la atención lo enfocado que estaba en su trabajo, sus estudios y nada más. Quizás esa era la clave, su lugar de trabajo.

—No quiero escuch...

—Ah... Amor, me estás matando —interrumpe la voz de Mason.

—Está bien, hasta aquí, vamos. —Cojo la mano de mi mujer y volvemos a entrar a la casa.

Las luces de Navidad distribuidas sobre la chimenea y los marcos de las puertas permanecen encendidas como único método de iluminación, esto es todo obra de Azul, ya que sé que mi primo es incapaz de decorar la casa de invitados.

Por lo poco que puedo verle la cara a Harriet, sé que mi oportunidad de tenerla solo para mí acaba de esfumarse, así que la siento en el sofá frente al árbol de Navidad y la envuelvo en una manta.

—¿Algo caliente? —ofrezco.

—¿Aparte de mi hermanito? —responde, haciéndome reír—. Un té, gracias.

—Hay algo en el aire de Dallas —digo caminando hacia la cocina— que nos tiene a todos así. Nosotros al menos podemos follar, tu hermano, por otro lado, debe tener una relación cercana con su mano derecha.

—¡Berny! —interrumpe Harriet mirando por encima del respaldo del sofá—. No pongas más imágenes en mi cabeza, por favor.

—Lo siento —me río, sirviendo el agua caliente en la taza, muevo el saquito de té un par de veces y vuelvo al sofá para sentarme junto a ella y dejar la taza entre sus manos—. Pero es lo que querías, ¿no? Alguien que lo acompañara.

—Sí, pero no quería escuchar el celo en el tono de voz de mi hermano. —El frío recorre su espalda y la envuelvo con mi brazo. Inmediatamente su cuerpo comienza a amoldarse al mío y dejo un beso sobre su pelo.

—Sabes que dentro del amor existe el deseo también, Bandida, es natural y sano sentirse tan atraído por tu pareja. Mírame a mí, no puedo quitarte las manos de encima.

—Así es como llegó Hope —me recuerda riéndose—, era una simple caricia mientras veíamos una peli y pum, preñada.

—Hice un muy buen trabajo —digo orgulloso.

—Sí —apoya su cabeza en mi pecho—, nuestra hija es perfecta.

—Eso es porque salió a mí. —Me río al recibir un codazo en mi costilla—. Oye, todos estos golpes te saldrán caro.

—¿Ah sí? ¿Qué planeas hacer, Walker?

Quito la taza de su mano para apoyarla en la mesa de café y me arrojo sobre ella.

—Esto...



Cuando despierto, escucho a Harriet cantarle una canción de cuna a Hope. Aún es de noche, pero por la luz que entra por las ventanas, deduzco que el amanecer está cerca.

Camino despacio, esperando que el suelo de madera no me traicione con el sonido, y espío a mi esposa recitándole suavemente a mi hija una canción. Hope siempre tuvo la tendencia a sujetar el pelo de su madre cuando la tiene aupada y así están las dos.

El pecho se me llena de algo indescriptible al verlas juntas.

Harriet es mi obsesión más absoluta, mi orgullo, el amor de mi puta vida y algo debo estar emanando, ya que voltea y me encuentra espiándola bajo el marco de la puerta.

—Pesadilla —murmura, haciendo que una mis cejas.

¿Mi hija tiene pesadillas? La sensación cae pesada en mi pecho, no me gusta pensar que Hope pasa un mal momento. Quisiera entrar en su pequeño cerebro y asesinar a todos los monstruos que la acechan.

Cuando Harriet finalmente la acuesta otra vez, camina hacia mí y acaricia mis brazos.

—Tranquilo, papá oso, es normal —susurra.

Cierro la puerta y guío a mi esposa silenciosamente por el pasillo hasta nuestra habitación.

—¿Normal? Normal es soñar con un malvavisco gigante y comértelo, eso es normal.

—Eso no es normal, Bernardo Walker, ¿qué tipo de sueños tienes?

Carraspeo la garganta.

—Ese no es el punto. El punto es que si Hope está pasando por un momento de estrés...

Harriet cierra la puerta de nuestra habitación y envuelve sus brazos en mi cuello.

—No es estrés, es conmoción, está con toda la familia, literalmente corriendo todo el día, no sé de dónde saca Cala la energía para entretener a todos, y eso la agota. Nada malo le ocurre a tu preciada hija, te lo aseguro.

Suspiro, de alguna manera, sintiéndome más aliviado.

—No sé qué haría sin ti —devuelvo, acariciando su cintura.

—Te volverías loco.

—Definitivamente. —Apoyo mis labios sobre ella y en poco tiempo tomo control del beso, profundizando hasta que nuestros cuerpos chocan contra los pies de la cama, y cuando sostengo la barbilla de Harriet, miro sus labios rojos y sus ojos llenos de deseo y digo una sola frase—: Quítate la ropa ya mismo, Harriet Walker.

JULIÁN

—El que no se calla, no escucha —dice mi tío Kill justo cuando me siento al lado de Raven.

Ella acaricia su vientre como si sintiera a nuestro hijo y apoya su cabeza en mi hombro con un suspiro laxo.

Está disfrutando mucho de su embarazo y eso me tranquiliza, porque obviamente he leído casos horribles en internet donde las mujeres sienten que están gestando un alien en su cuerpo y no pueden tener una vida normal. Gracias a Dios que no es el caso de mi esposa.

Desde que nos abrazamos esa noche en la cocina de nuestro piso, nuestra vida cambió por completo, *nuestra relación* cambió por completo.

Yo me volví un obseso del bienestar de mi esposa, de su comodidad, de sus antojos (claro que fueron los Snickers) y de cada una de sus necesidades. Ella, por otro lado, comenzó a conectar con un lado más sensible de su mente y me ayudó a sumarme a la sensación de alegría y emoción.

Los dos comenzamos a delegar tareas, suspender reuniones que podrían ser un email o viajes que podrían reducirse a una videollamada.

Me aseguré de que cada superficie de nuestro hogar y de la oficina fuese apta para una embarazada, leí cada libro al que pude tener acceso sobre la paternidad y sobre el embarazo.

Soy un experto, excepto por el hecho de que estoy absolutamente aterrado.

Pero debo recordar el consejo de mi padre y aceptar que habrá errores, habrá situaciones de estrés, golpes, caídas, carreras al hospital, gritos y llantos. Una vez que asumes esos riesgos, quizás estés listo para afrontar situaciones similares.

No fue fácil mantener a la familia alejada de esto, queríamos que el anuncio fuera especial y lo logramos. Creo que no olvidaré el momento en que todos miraron a Raven y se les iluminaron los ojos.

Raven no contuvo las lágrimas, yo hice lo posible por lograrlo.

—¡Comienza de una vez! —se queja Bernardo y mi tío sigue leyendo la bitácora de mi bisabuela.

Bitacora de una mujer moderna #6

Con nuestras madres de carabinas, Theodore y yo conversamos en una mesa pequeña al lado de la ventana de su increíble piso en Upper West Side.

Cuando tomaba su té, lo hacía con delicadeza y elegancia, y eso me enfermaba la cabeza. Quiero odiarlo y no encuentro demasiadas excusas ya.



En cuanto nuestras madres se distrajeron, fui con toda la artillería pesada.

«Theodore, estoy aquí para hacerte una propuesta que no puedes rechazar», le dije.

«Theo», me corrigió, «llámame, Theo», lo cual me hizo enfadar más, por eso no acaté su petición.

«Theodore, tengo una propuesta y es la siguiente», ignoré su rostro de incrédulo y seguí hablando: «Quiero comprar un apartamento en este mismo edificio».

«No debes preocuparte por eso», dijo, «yo me encargaré de que tengas un techo bonito donde vivir cuando nos casemos, Bet».





Nadie me llamó Bet, nunca, parece vulgar.

Tuve que resistir las ganas inmensas de poner mis ojos en blanco, y dije: «No es para mí, es para alquilar».

Eso le llamó la atención, por eso le conté mi plan a la velocidad de la luz antes de que mi madre o la de él nos escucharan.

Theo me miró un poco sorprendido, confundido también.

«No puedo tener una cuenta de banco a mi nombre y tampoco sacar un crédito, dependo de un hombre para poder hacer esas cosas, si tú me haces ese favor, te daré un 40 por ciento de mis ganancias»

«Cincuenta», dijo el atrevido.

«Cuarenta y cinco». Estiró la mano sobre la mesa y cogió la mía, nuestras madres nos miraron con cuidado, pero como el galán que es, me dio una media sonrisa y dejó un beso sobre mis nudillos.



Bitacora de una mujer moderna #7



Theo apareció en mi casa esta tarde con un ramo de margaritas y una sonrisa al estilo Hollywood.

A mi madre se la ganó hace tiempo, pero yo aún tengo mis dudas.

Nos sentamos en el salón y conversamos amigablemente mientras mi madre supervisaba la conversación. En cuanto ella se fue, nuestras máscaras se cayeron.

«Estuve pensando en tu propuesta, creo que tiene futuro, podría ser este el negocio que mi padre implora que tenga».

«Que tengamos», corregí y él se rio, soltando una carcajada real, su mirada era de curiosidad.

«Mientras seas mi esposa, no te preocupes, tendrás tu pequeña empresa, tienes mi palabra». Nos quedamos en silencio hasta que me preguntó: «¿Qué música escuchas, Bet?»

Sentí que mi respuesta era sumamente importante.

«Cuando está mi madre, Julie London; cuando estoy sola, Elvis».





«Qué progresista», dijo con su media sonrisa, «yo también».



—¡Julie London! —grita Mila emocionada, enciende la televisión y busca rápidamente la canción en la pantalla.

Comienza a sonar *I'd Like You For Christmas*.

La canción habla de desear a alguien para Navidad, y parece que cada palabra resuena con lo que siento en este momento tan especial de mi vida. Julie canta con una mezcla de anhelo y ternura, y cada vez que lo hace, me recuerda lo afortunado que soy de tener a mi mujer a mi lado, y aún más, de estar esperando a nuestro primer hijo. Mientras la música envuelve la habitación, miro a mi esposa, sus ojos brillan con esa luz especial que solo una mujer embarazada tiene, y acaricio su vientre con total devoción, sabiendo que el regalo que realmente deseo esta Navidad ya está en camino.

OLIVER

Antes del amanecer, busco con los ojos cerrados a Cala en la cama y encuentro su hombro rápidamente. Me arrastro hasta ella y la envuelvo con mi brazo. Escucho un pequeño gemido de su garganta y siento cómo su cuerpo se amolda al mío.

Maldición, pasan los años y aún reacciono como si el tiempo no hubiera avanzado, como si no hubiéramos explorado cada rincón de nuestro apetito sexual ya.

Cala despertó algo en mi cuerpo el día que sentí el contacto de su piel con la mía, y desde entonces no he dejado de sentirme así.

—¿Estás dormida? —susurro acomodándome en su almohada.

—Ya no. —Se ríe por lo bajo—. Tendría que comenzar el día.

—No, tendrías que pasar tiempo con tu marido en esta mañana tan fría —susurro besando su cuello.

—Mañana es Nochebuena.

—Entonces puedes darme mi regalo ahora, ¿no, Cala?

Mi esposa se ríe y es todo lo que necesito para tomarla y hacerla mía.

La mayoría están despiertos; la televisión ya suena con dibujos animados y hay niños embobados mirando fijamente la pantalla, mientras que los adultos desayunan alrededor de la isla de la cocina, algunos de pie, otros sentados en los taburetes.

—Alguien durmió hasta tarde —se burla Killian mientras sirvo una taza de café para Cala y otra para mí.

—Cállate Kill —gruño antes de darle el primer sorbo, miro por la ventana y observo la nieve caer plácidamente, mi campo nunca estuvo tan blanco y bonito—. ¿Quién me quiere ayudar con los caballos? —pregunto sobre mi hombro.

Los únicos que responden son los niños, que tan concentrados con la televisión no estaban. Carraspeo la garganta y algunos adultos aceptan de mala gana.

—Tú estás exenta, Raven —digo dándole palmaditas a su espalda.

—Gracias, pequeño —responde ella acariciando su vientre—. Soy un bicho de ciudad, Oliver, lo más cerca que estuve de un caballo fue en Central Park, los que usan para turistas.

—No me recuerdes eso, pobres animales —dice Lauren.

Durante la mañana aprendí algunas cosas. Silas y Lauren solamente son apariencias con su ropita de Polo Ralph Lauren, simulando ser personas de campo con estilo, pero no pueden ni pasarle las riendas al caballo.

Killian y Bianca son un poco más aventureros y se animan a más, pero hacen diez mil preguntas por segundo. Por suerte Cala respondió la mayoría, porque mis respuestas eran monótonas e irritadas.

Luca y Emma son más de la tierra, Emma no tiene problemas en ensuciarse las manos y Luca lo hace a regañadientes, dice que aún no puede entender «por qué me hago esto», como si «esto» fuese algo insoportable.

Disfruto profundamente de la convivencia con los animales, mientras que Cala tiene una conexión única y especial con las plantas. Así es como ambos vivimos nuestra vida, disfrutándola de la manera que más nos llena: amando lo que hacemos. Algo debemos haber hecho bien, porque Astor parece compartir esa misma conexión íntima con la naturaleza y la simplicidad de este estilo de vida. Fue tal su convicción, que decidió renunciar a su puesto en Property Group para dedicarse por completo a la crianza de caballos, sumergiéndose en un mundo que realmente le apasiona.

Este enfoque de vida nos recuerda que el verdadero éxito no siempre se mide en logros materiales, sino en la capacidad de seguir aquello que enciende nuestra alma.



Para el almuerzo, disfrutamos de unas pizzas a la piedra hechas por Valentino y Mila. El hombre es muy bueno cocinando, y hace uso de todos los diferentes tipos de hornos que Cala compró durante nuestro matrimonio.

Yo degusto mi cuarta porción de pizza, de pie, apoyado en el marco de la ventana, mirando a mis animales moverse por la nieve, los caballos están disfrutando mucho de este momento y no pienso perdérmelo.

Killian está sentado en la cabecera de la mesa y mientras mastica, continúa con la bitácora.

Bitacora de una mujer moderna #8



La fecha está puesta.

La boda está en marcha, todo normal, excepto la parte donde Theodore se comunicó conmigo para que fuéramos a un bar nocturno.

Le dije que cualquier mujer que se respeta mínimamente no concurre lugares como ese, y lo siguiente que me dijo fue que era una cobarde.

¿Yo, cobarde? ¿Yo estoy preparándome para comerme el mundo y este muchacho cree que puede apurarme con palabras tan viles?

Está totalmente equivocado.



Bitacora de una mujer moderna #9



Fui al bar.

Había una banda de jazz en vivo y encontré a Theo
sentado en la barra, tomando whisky en un vaso de
cristal.

Me senté en el taburete a su lado, estirando mi vestido
negro para que no se arrugara, pretendiendo sentirme
segura en un ambiente como ese. La verdad es que fue mi
primera vez en un bar con otros adultos, y me sentí una
niña pretendiendo ser mayor.

Odié que Theo me mirara de costado con media sonrisa,
sabiendo perfectamente cómo me sentía.

Pero nunca lo admitiré, morirá conmigo.

Escucho ruidos en la casa, en cualquier momento mi madre
entrará por la puerta, sigo escribiendo mañana.



Bitacora de una mujer moderna #10

El bar olía a alcohol, me recordaba a mi padre y sus amigos cuando vienen a casa a fumar puros y a beber. Pero Theo dijo algo que me sacó mentalmente de ese recuerdo:

«Espero que nuestros hijos hereden tu color de ojos». Y el mundo se paró de golpe. Sujeté la copa de champán frente a mí con fuerza.

Le dije con altanería que yo esperaba lo mismo y se rio. No se creía el papel que estaba haciendo.

Luego, mientras conversábamos sobre nuestros gustos y aficiones, dijo: «Me gusta pasar tiempo contigo Bet, ¿hay algún tema del que no te resulte agradable hablar?»

«No existe tema del que no tenga capacidad de hablar, inclusive de religión y política».

«Eso me gusta, ¿sabes por qué? No te riges por lo que los demás quieren escuchar o ver de ti, haces y dices lo que verdaderamente piensas. Yo no soy tan valiente».

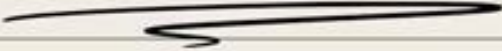
«Puedes apoyarte en mí, yo te ayudaré a serlo».





Se rio mientras llevaba el vaso a sus labios y añadió:
«Ganas de apoyarte, no me faltan».

****Buscar el libro de educación sexual que mamá
tiene escondido en su armario****





Bitacora de una mujer moderna #11



Mis padres ven I love Lucy en la televisión todos los lunes a las nueve de la noche.

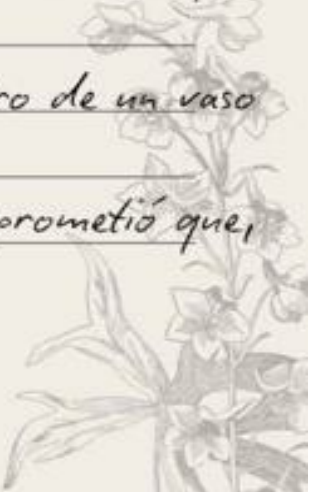
Por eso a esa hora aprovecho para escribir sin ser interrumpida.

Me pregunto cuándo podré escribir cuando viva con Theo, encontrar una nueva rutina será definitivamente un reto. Él dijo que ansía irse a vivir conmigo porque no se lleva bien con su padre y cree que los dos congeniaremos muy bien. Yo no estoy tan segura, después de todo, los quehaceres de la casa caerán solamente en mí y yo no sé cocinar como mi madre. Espero que Theo baje sus expectativas.

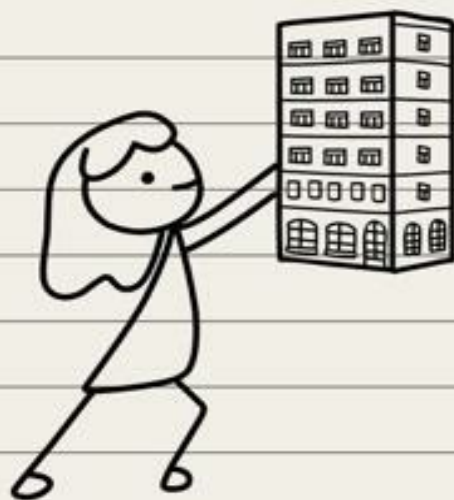
Es algo que le confesé un día, y dijo que probablemente cocine mejor que su madre, que hace todo sin sal porque tiene problemas de presión arterial.

Sí, me reí un poco, pero oculté la risa dentro de un vaso de Coca-Cola.

La boda es la próxima semana, y Theo me prometió que,



cuando volvamos de la luna de miel, iremos al banco a
comenzar mi proyecto.
Tengo mucha ilusión.



SILAS

—**N**o voy a comenzar a parir espontáneamente por más que me mires así, Silas —dice Raven cuando me atrapa mirándola.

¡Hizo un sonido raro, por eso la miré!

—No me sorprendería que un nieto mío quiera robarse toda la atención de la familia en Nochebuena.

Es temprano por la mañana y estamos organizando los últimos detalles de la cena. Los niños están sobreestimulados con los villancicos que Mila pone todo el día y los adultos están alterados por los niños.

Típica fiesta navideña.

—Papá, no tientes a la suerte —me regaña Julián—. Todavía le queda un mes más ahí dentro.

Me río por lo bajo mientras le doy un mordisco a la tostada y luego guiño un ojo a Lauren, ella sabe lo que estoy a punto de hacer.

—Es normal que se adelanten los embarazos, tu madre se adelantó tres semanas porque estabas muy ansioso por salir al mundo.

Julián apoya la tostada sobre el plato con derrota y comienzo a reírme.

Raven acaricia su espalda.

—Tranquilo, Juli, no va a ocurrir, me siento bi... —Raven pone cara de dolor.

Julián se alerta.

Pero todos sabemos que lo está molestando, por eso nos reímos, inclusive Raven.

Julián no esboza sonrisa alguna.

—Tranquilo sobrino —dice Luca colocándose tras él para masajear sus hombros—, no ocurrirá, ¿te imaginas que te salga texano?

—No, por dios —digo por lo bajo.

—Ey, ¡os estoy escuchando! —grita Oliver desde la cocina.

—Lo sabemos —respondemos los dos al mismo tiempo.

Killian entra al comedor, con la bitácora de mi abuela en sus manos, aún sigo sorprendido por estar aprendiendo tanto de ella. Cuando éramos niños, lo único que hacía era darnos cátedra de cómo hacer negocios, por eso proyecté esa imagen de ella de una mujer fuerte y ruda. Escuchar cómo se meaba en sus pantalones por mi abuelo es refrescante.

—¡Comienzo! —grita Killian dramáticamente, le gusta la atención que esto le está dando—. El que quiera escuchar, que se acerque; el que no...

—Que venga a cocinar —gruñe Oliver otra vez; nadie le presta atención.

Bitacora de una mujer moderna #12

Última noche de mujer soltera.

Mi madre organizó un té por la tarde con algunas amigas y primas; tedioso y aburrido, mientras Theo está con sus amigos en un bar, tomando alcohol, riendo a carcajadas, probablemente.

Al menos vino esta mañana a comprobar que aún me quería casar y que no iba a dejarlo plantado en el altar. Me hizo reír, ¿dejarlo plantado? ¡Ja! ¿Y traer ese escándalo a la familia?

Sabe muy bien que ninguno de los dos tiene opción, así que no sé por qué se preocupa.

Tuvo el detalle de traermé flores y un libro que le había comentado que quería, uno de mitología griega. Escuché cosas increíbles de los dioses, pero por alguna razón, me llama la atención la historia de Hades y Persefone, es una historia romántica, dicen.

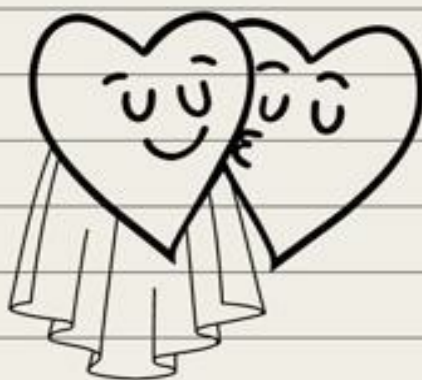
Xo no tenía nada preparado para él, por eso me atreví a dejarle un beso en su mejilla.





Sentí cómo mi rostro se prendía fuego, él simplemente
sonrió contento.

Mañana seré una mujer casada.



Miro a Lauren y ella me encuentra inmediatamente cuando escuchamos eso.

—Qué... —pregunta Killian con irritación al notarnos distraídos.

Obviamente, lo ignoramos y le hablo directamente a mi esposa.

—Fue por ese libro que me regaló mi abuela que se me ocurrió hacer aquella obra de teatro contigo en el instituto —explico un poco impactado.

Lauren cubre su boca.

—Nunca me contaste esto.

—Lo había olvidado por completo, estaba desesperado por buscar algo para hacer contigo y, cuando puse los ojos en mi biblioteca, vi el libro. Joder, ahora entiendo por qué tenía escrita una dedicatoria.

—¿Y qué decía? —pregunta Conejita.

—«Quizás nuestra historia de amor no es perfecta, pero haremos lo posible para que lo sea. Atentamente, Theodore Walker». O algo así.

—Joder —susurra Luca—, ¿y nunca le has preguntado a la abuela por qué te lo dio a ti?

—No —respondo con cuidado—, siempre asumí que era porque se había olvidado de comprarme algo para Navidad y terminó eligiendo un libro de su biblioteca para darme algo.

—¡Silas! —me regaña Lauren, su hermana Emma se ríe por lo bajo.

—¡Lo siento! ¡Nunca creí que había sido tan importante para ella!

—¿Crees que te lo dio esperando que tu historia fuera mejor que la suya? —pregunta Oliver, que de golpe aparece en el comedor.

—No lo sé, pero funcionó. Gracias a ese libro pude acercarme a Lauren cuando éramos adolescentes. —Extiendo la mano y sujeto la de Lauren.

—¿Es el texto que recitas de memoria cada San Valentín? —pregunta con irritación Julián.

Los dos lo miramos con mala cara.

Killian acomoda su garganta y continúa:

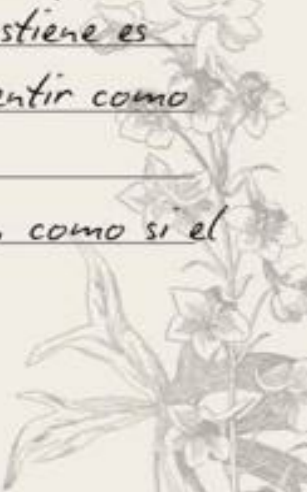


Bitacora de una mujer moderna #13

El vestido que llevo es un sueño hecho realidad, parece sacado de un cuento. El satén es suave al tacto, como si mis manos se deslizasen sobre la superficie más fina que jamás haya sentido. El escote es sencillo, modesto, según mi madre. Las mangas largas envuelven mis brazos como si fueran parte de mí, ajustadas pero cómodas. La cintura está perfectamente ceñida, marcando mis curvas sin ser demasiado agobiante, y desde allí, la falda cae en una cascada amplia, creando un movimiento que me hace sentir ligera, como si flotara.

El velo es largo, transparente, y lo siento casi etéreo sobre mi cabeza. Apenas noto su peso mientras se desliza por mi espalda, pero sé que está ahí, añadiendo ese toque de misterio que siempre soñé. La tiara que lo sostiene es pequeña, discreta, pero perfecta. Me hace sentir como una princesa, aunque sin excesos.

Cada movimiento que hago parece armonioso, como si el



vestido y yo fuésemos una sola cosa. Es exactamente lo que siempre había querido: simple, pero con una elegancia atemporal, y en este momento, me siento hermosa, nerviosa y lista para lo que venga.



Bitacora de una mujer moderna #14



Creí que la noche de bodas sería traumática.

Fue todo lo contrario.

Theo fue dulce y me dijo que no había apuro para hacer nada para lo que no estuviera lista.

Nuestro primer beso fue en la iglesia, rápido y ensayado, pero el segundo fue cuando estuvimos a solas en la habitación del hotel. Sujetó mi rostro con las dos manos y miró mis labios con intensidad. Antes de besarme, susurró cuán hermosa estaba y selló el beso con fuerza.

Dejé todo mi pintalabios desparramado en su rostro, fue gracioso y nos reímos como dos personas nerviosas.

Debo admitir que Theo está poco a poco entrando en mi sistema, espero no decepcionarme, y espero que ahora que estamos legalmente casados, no ignore mi plan maestro. Porque estoy segura de que cambiará nuestras vidas para siempre.



Bitacora de una mujer moderna #15

Tras un hermoso viaje por California, volvimos a Manhattan a comenzar nuestra vida de casados.

Su padre nos regaló un piso en Upper West Side y vivimos juntos en uno de los lugares más sofisticados de Manhattan.

Debo admitir que la vida ha mejorado notablemente, y no solo porque finalmente he explorado una parte que no había anticipado del matrimonio.

La parte donde Theo es gentil y apasionado.

Sino también porque ahora puedo hablar libremente con él sobre mis planes, puedo explicarle los números en la pizarra que compró para la cocina donde podemos borrar todo cuando nuestros padres vienen de visita inesperadamente.

Esta tarde iremos al Banco, Theo dijo que sería mejor pretender ser una mujer sumisa y callada para engañar al Banquero.

Creo que podría funcionar. Crucemos los dedos.



JULIÁN

La mesa está lista, se tuvo que alargar colocando otra de costado para los niños y el bullicio constante es abrumador.

Conozco mis límites, conozco las estrategias que desarrollé durante los años para lidiar con estas situaciones, por ejemplo, enfocarme en la decoración en el centro de mesa.

Mi tía Cala junto con los niños lo fabricaron estos días; son tres velas gruesas, todas color crema, están acomodadas en fila sobre una cama de ramas de pino, algo que solo se ve en la época de Navidad. Huele fresco, casi como si acabara de salir de un bosque. Entre las ramas, hay unas cuantas motas de algodón esponjoso que se confunden con la nieve.

La vajilla está colocada con extrema precisión. El verde profundo de los bajoplatos contrasta con el rojo brillante de las servilletas, dobladas de forma tan meticulosa que parecen imposibles de reproducir. Están adornadas con pequeñas ramas de pino y esas bayas rojas que siempre asocio con Navidad, aunque no tengo ni idea de qué son realmente.

Los vasos de cristal tienen bordes dorados, y no podían faltar las velas altas, rojas y largas como columnas.

Todo brilla con el reflejo de las luces del árbol que parpadean en el fondo, eso me ayuda a encontrar más cosas para ignorar la sensación abrumadora que me provoca este tipo de reuniones.

—¿Estás bien? —susurra Raven a mi lado, ella me conoce lo suficiente para saber que estoy llegando a mi límite.

—Sí, ¿tú? —pregunto recordando que hoy tuvo un día raro, estuvo más cansada de lo normal.

Antes de responder, se lleva a la boca una cuchara cargada de puré de patatas y sonrío, haciendo que me olvide de todo.

La Nochebuena transcurre, los niños en algún momento se levantaron y comenzaron a corretear por ahí, hablando de sus conjeturas sobre qué les traerá Santa y cómo hacer para atraparlo en la madrugada cuando llegue silenciosamente.

Mi tío Oliver les dice que es probable que no pueda entrar porque la chimenea está encendida y todos gritan compungidos.

Me pregunto si así seré yo con mi hijo o si seré un padre más serio.

—¿Queréis un capítulo más de la bitácora? —pregunta mi tío Killian.

Bitacora de una mujer moderna #16

El Banquero me vio entrar primero y puso los ojos en blanco, pero cuando Theo entró detrás de mí con su aura imponente, cambió de actitud; parecía como si el aire del despacho se hubiera vuelto más denso de lo normal.

Theo no preguntó amablemente por un crédito, demandó uno, y cuando el Banquero dio a entender que sabía que era para mí, Theo dijo que era poco profesional y una vergüenza como hombre por cuestionar a su esposa.

Nunca me sentí tan protegida por alguien.

El Proyecto Property Group comienza oficialmente.

♥ PG ♥



Bitácora de una mujer moderna #17

Han pasado tres meses desde mi última bitácora.

Es que he estado absolutamente ocupada, no solo con PG sino también con otras cosas...

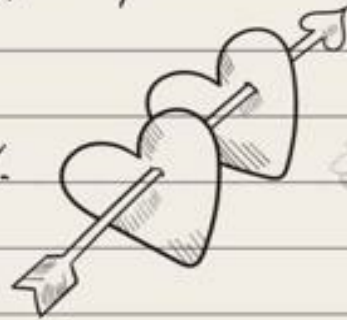
Bueno, con Theo, mayormente. Dice que no quiere salir de la casa sin mí, ni de la cama. Estos últimos tres meses nos hemos conocido más.

Ahora sé que por la mañana le gusta hablar mientras prepara un café, que le gusta un tipo de champú específico para el pelo y admira los vestidos que uso los domingos.

Me confesó que el día que me conoció estaba tan enfadado con su padre por obligarlo a casarse que dijo cosas hirientes para hacerme enfadar, pero que en realidad sintió que fue amor a primera vista.

Le dije que me sentía igual.

Creo que estoy enamorada de él.





Bitacora de una mujer moderna #18

«Odio a mi padre, pero estoy feliz porque nos haya presentado», confesó Theo hace unos días cuando su padre intentó burlarse de nosotros por comenzar nuestro propio negocio.

Dijo que una mujer no sabe hacer matemáticas y Theo se enfureció con él al punto de levantarse de la mesa, coger mi mano y salir del restaurante.

Nunca me había dicho que odiaba a su padre, pero lo sospechaba. Que me lo haya dicho significó mucho para mí. Ya llevamos varios meses de matrimonio, tenemos dos apartamentos a nombre de Property Group y la vida comienza a ser buena.

El día que Theo me dijo eso, lo dijo pensativamente mientras miraba el río Hudson. Yo estaba a su lado, mirándolo intensamente, porque había palabras que querían salir de mí y algo me detenía a decirlas.

Pero las dije.

"Creo que te amo."

Se amo
(ICREO!) 



—¡Ay! —grita Raven haciendo que deje de escuchar a mi tío.
—¿Qué ocurre?! —pregunto cuando veo su cara de dolor.
Mi madre se levanta rápidamente y rodea la mesa para llegar a nuestro lado.
Raven sostiene su vientre con fuerza, sus ojos cerrados completamente.
—Es una contracción —dice con dientes apretados.
—Julián, comienza a cronometrar.
Suelto a mi esposa un segundo, intentaba sostenerla con fuerza para no dejarla sola en esto.
Preparo mi reloj y comienza a correr.
Raven empieza a respirar más rápido.
Todos en la mesa se levantan para ayudarla, escucho a mi tío Luca decirles a los niños que se vayan al salón de juegos e indica que el sillón está listo para ella.
Llevo a Raven lentamente, pero antes de llegar al sillón se contrae sobre sí misma.
—Iremos al hospital —digo con determinación.
Mi padre me mira y asiente, pero mi madre dice que debo esperar.
Raven se desploma en el sillón, alguien le trae un vaso de agua, otro le pone una manta encima.
Yo solo quiero que esto termine.
Su mano me sujeta, pero de golpe la aprieta con fuerza.
—Cinco minutos —digo.
—Estoy bien, volved a la mesa, juro que estoy... ¡Ahhh! —grita.
Mi tío Oliver tiene puesto su abrigo, las llaves del coche en la mano.
—Al coche, ya.



Pareciera que todo ocurre en cámara lenta. Cada segundo se estira, como si el tiempo mismo estuviera suspendido en el aire. Mi tío Oliver conduce a toda velocidad por un camino de tierra apenas iluminado por los faros del vehículo. Los latidos de mi corazón golpean mi pecho con una cadencia pesada, como si cada uno fuera una advertencia. Detrás de nosotros, una caravana de coches nos sigue de cerca, sus luces destellan en la oscuridad, pero se sienten distantes, borrosas, irreales.

Raven grita, su voz rasgando el aire como si quisiera perforar la noche misma, intentando contener el dolor que la consume. Su cabello, empapado en sudor, cae sobre su rostro pálido, y sus ojos, aunque cerrados, parecen enfocar un sufrimiento más allá de lo que puedo imaginar. Mi padre le grita a su hermano que vaya más rápido, que no se detenga, pero las ruedas parecen arrastrarse por el suelo, es como si el coche luchara contra una fuerza invisible. Mi madre, con manos temblorosas, le pone paños fríos en la frente a Raven, pero todo parece insuficiente, pequeño frente a la magnitud de lo que está ocurriendo.

Raven, a pesar de estar sumida en su agonía, no suelta mi mano. La sujeta con fuerza, tan fuerte que casi puedo sentir cómo su miedo y su dolor se transfieren a través de ese contacto. De repente, un chorro de líquido cae de entre sus piernas. «Rompió aguas», grita alguien en la camioneta, pero las palabras suenan como si vinieran de otro mundo. Mi tío, con los nudillos blancos sobre el volante, grita que no puede ir más rápido. El mundo parece haberse vuelto más

pesado, más lento, como si el aire mismo nos impidiera avanzar.

Y allí, en medio del caos, me doy cuenta de lo que realmente es el miedo. Creí que ya conocía el terror; el pánico a ser padre, a no estar preparado. Pero ahora... Ahora entiendo lo que es el verdadero miedo, cuando miro a mi esposa retorciéndose de dolor, y a nuestro hijo, *nuestro hijo*, que viene al mundo antes de tiempo. ¿Estará bien? ¿Estaremos bien los tres? Todavía faltaba un mes, maldita sea.

Todo esto no debería estar pasando ahora.

Un grito desgarrador de Raven me arranca de mis pensamientos. Su voz me rompe por dentro, y justo cuando estoy a punto de murmurar palabras de aliento, la camioneta se detiene de golpe. Todo es un borroso torbellino de movimiento y voces. Alguien abre la puerta, veo un destello de la bata blanca de un médico. Manos que no reconozco levantan a Raven y la colocan en una camilla. Todo se sucede en cámara lenta, cada marcha, cada movimiento. Los gritos de Raven se mezclan con el sonido amortiguado de los pasos rápidos hacia el hospital. Miro hacia atrás, y veo a mis padres abrazados en la puerta del hospital, pero no puedo detenerme.

No puedo.

Corro.

Corro detrás de ella.

Las enfermeras me rodean, me ponen ropa, algo sobre mis brazos, pero mis ojos buscan desesperados a Raven. Cuando la pierdo de vista, el pánico me golpea con toda su fuerza. «¿Dónde está mi esposa?», grito, pero las respuestas se pierden en la neblina de mi mente. Alguien me guía a una sala, y ahí la veo.

Raven ya está empujando, su rostro contorsionado por el esfuerzo y el dolor. Las lágrimas inundan sus ojos, y cuando tomo su mano, siento cómo su cuerpo, al menos por un segundo, se calma. Sus labios tiemblan cuando dicen mi nombre, apenas un susurro, un eco en medio del caos. «Tengo miedo», murmura, y aunque yo también lo tengo, le digo que todo estará bien. Tiene que estar bien. No permitiré que sea de otra manera.

La médica grita una orden, la sala retumba con el sonido. Raven obedece, pero esta vez el dolor es insoportable. La veo luchar, sus gritos ahogados se mezclan con el esfuerzo titánico que está haciendo. Y de repente, en medio de todo... El grito. No el de Raven, sino uno nuevo, fuerte, potente.

Nuestro hijo.

Llora, grita con fuerza, y jamás creí que el sonido de un grito pudiera ser tan hermoso, tan liberador. Raven lo recibe entre sus brazos con una mezcla de asombro y agotamiento. Lo mira, con ojos llenos de curiosidad, como si nunca antes hubiera visto algo tan frágil y poderoso al mismo tiempo. Y yo... no puedo apartar mi vista de él.

Mi hijo. Mi hijo está aquí.

Raven me mira, cansada, pero cuando nuestros ojos se encuentran, veo una sonrisa. No había notado hasta ese momento cuán profundo era mi miedo, cuán abrumadora era la angustia que llevaba dentro. Pero esa sonrisa..., esa pequeña sonrisa me dice todo. Estamos bien. Ella está bien. Y nuestro hijo también.

Y justo en ese instante, como si el universo mismo se diera cuenta de que todo está en su lugar, el tiempo vuelve a su ritmo normal.

La vida continúa.

KILLIAN

Estamos todos en el pasillo del hospital, excepto los niños, claro. Ellos se quedaron en casa, a cargo de la madre de Azul, lo cual seguro es una fiesta en sí misma. Pero los adultos estamos aquí, todos. Incluso Mason, que nunca pierde la oportunidad de quejarse por estar despierto a horas indecentes.

Algunos aún llevamos decoraciones navideñas encima. Yo, por ejemplo, sigo usando mi jersey con luces incorporadas que titilan en rojo y verde. Es tan ridículo que cada vez que alguien me mira de reojo, no puedo evitar sonreír.

A Raven ya le asignaron una habitación privada, y está con Juli, teniendo lo que supongo que es su momento de calma después del caos. Mientras tanto, Silas camina de un lado a otro del pasillo como si fuera una partida de ping-pong humano. Lauren lo observa mordiendo el labio, claramente nerviosa, pero tampoco quiere decir nada.

Lo entiendo perfectamente. Cuando Bernardo me llamó para decirme que Harriet había entrado en trabajo de parto, las llaves del coche apenas llegaron a mi mano antes de salir corriendo. Bianca venía pegada a mí, dispuesta a no perderse ni un segundo de la llegada de nuestra nieta. Tenía miedo, ansiedad... Pero, sobre todo, estaba emocionado.

Silas, entiendo tu suplicio.

De repente, la puerta de la habitación se abre y Julián sale, claramente sorprendido de encontrarnos a todos aquí, en semicírculo, como si fuéramos una recepción de bodas. Se le llenan los ojos de emoción, busca a su padre entre todos y lo abraza fuerte.

—Raven está bien —anuncia, como si acabara de ganar una medalla olímpica—. Y el niño también.

—Lo sabemos —dice mi hermano Luca, con un tono de falsa resignación—. El loco de tu padre extorsionó a la enfermera para que hablara.

Nos reímos por lo bajo, aunque no dudo que Luca esté diciendo la verdad.

—¿Queréis entrar? —pregunta Julián, con una sonrisa que parece iluminar más que mi jersey navideño.

Y así es como acabamos pasando la Nochebuena en una habitación de hospital, rodeados de comida de máquina expendedora y bebiendo café quemado. Nadie se movió de allí. Ninguno se quejó. De alguna manera, compartir aquel espacio medio frío y austero, con el olor a desinfectante y las luces fluorescentes, tenía su encanto.

Así es el clan Walker: donde esté la familia, ahí estamos nosotros, incluso si eso significa comer patatas fritas de plástico y café que podría haber salido de una refinería.

La familia primero.

Y si hay luces navideñas parpadeando, mejor aún.



Antes de que los niños despertaran, el caos silencioso de los adultos ya había comenzado. Entre susurros y pasos apresurados, corrimos todos a dejar los regalos bajo el enorme árbol de Navidad que domina la sala. Las luces titilantes en rojo, verde y dorado iluminaban la estancia con un resplandor cálido, casi como si el árbol mismo estuviera contagiado de la magia del día.

Oliver, siempre el más meticuloso del grupo, se ocupó de los pequeños detalles esenciales. Preparó la escena del crimen navideño con la precisión de un detective: «Santa» había dejado migajas de las galletas de jengibre y se había bebido exactamente medio vaso de leche, ni una gota más ni una menos. Incluso había esparcido harina cerca de la chimenea, para simular huellas de nieve que el traje rojo había traído desde el Polo Norte. Todos conteníamos la risa mientras él ajustaba la inclinación de la galleta mordida. En el fondo, sabíamos que esos detalles pequeños —las galletas, las luces, las huellas de nieve— eran los que más avivarían la ilusión de los más pequeños. Una ilusión que queríamos alargar tanto como fuera posible.

El primero en aparecer fue Nicolás, su cabecita despeinada y sus ojos aún somnolientos asomaron desde la escalera. Pero en cuanto vio los regalos bajo el árbol, algo cambió en él. Sus ojos se agrandaron y, sin decir una palabra, giró sobre sus talones y salió disparado hacia las habitaciones de sus hermanos y primos. No necesitaba un segundo vistazo para entender lo que había pasado: Santa había estado aquí.

Los gritos y las risas no tardaron en llenar la casa. Uno a uno, los niños bajaban corriendo las escaleras, con pijamas arrugados, el cabello enredado, pero con sonrisas tan grandes que parecían iluminar más que las mismas luces del árbol. Los pasos apresurados retumbaban por los pasillos, y las pequeñas manos apenas podían contener su emoción mientras señalaban los paquetes que se acumulaban bajo las ramas.

El salón, que hacía apenas minutos estaba tranquilo, casi sereno, ahora era un torbellino de emoción y felicidad. Cada vez que un niño encontraba su regalo, un pequeño chillido de alegría inundaba el ambiente. El papel de regalo volaba por los aires y las cintas se enredaban en los pies de los adultos, que no hacíamos más que sonreír y observar el espectáculo.

Nos pasamos toda la mañana celebrando con ellos la Navidad.

Bianca ayudaba a los más pequeños a abrir los envoltorios más complicados, mientras Luca intentaba montar algunos de los juguetes que ya se desplegaban por toda la sala.

Oliver, con su habitual paciencia, les enseñaba las normas de los nuevos juegos de mesa. Las caras de los niños, iluminadas por la luz de las velas y las guirnaldas, eran todo lo que necesitábamos. No había preocupación, ni prisa, solo ese momento compartido, donde el tiempo parecía detenerse y la magia de la Navidad nos envolvía a todos.

A lo largo de la mañana, las risas no disminuyeron, sino que crecieron. Los niños corrían de un lado a otro, mostrando con orgullo sus regalos, comparando quién había recibido más, aunque todos sabíamos que no importaba el número, sino la magia detrás de cada uno. Mientras tanto, los adultos nos tomábamos un respiro con una taza de café caliente en mano, observando cómo la Navidad obraba su milagro, transformando el salón en un mundo lleno de sueños y alegrías.

La casa, tan repleta de risas, canciones y el constante murmullo de felicidad, parecía latir con vida propia.

Y así, entre el papel de regalo arrugado, las cajas abiertas y las decoraciones que aún brillaban, pasamos todo el día celebrando, no solo la Navidad, sino la dicha de estar juntos, de

compartir algo tan simple y tan inmenso a la vez: la alegría de la familia.

SILAS

Todos fueron instruidos en el tema de los gritos, algo casi cómico si se piensa demasiado, pero absolutamente necesario en esta familia. Así que, cuando abro la puerta de la casa de Oliver para que Raven ingrese lentamente, todo el mundo guarda un silencio que se siente casi solemne. Casi, porque la escena que encuentro roza lo surrealista: todos están allí, con las manos cruzadas o apoyadas en las rodillas, observando con una mezcla de reverencia y nerviosismo al pequeño bebé envuelto en las mantitas azules que Bernardo y Azul habían tenido guardadas durante tanto tiempo. Parecen todos un poco locos, si te soy sincero, como si estuvieran presenciando la aparición de un ser mítico en lugar de un recién nacido.

Raven, que sigue dolorida después de dar a luz, apenas puede mantenerse de pie. No necesita decir una palabra; va directamente a su espacio, donde puede recostarse y descansar. Durante la tarde, mientras ella se recupera, Julián se encarga del bebé con una dedicación que nadie esperaba, y por supuesto, con la ayuda no solicitada —aunque bastante entusiasta— de mi esposa, Lauren Walker. No había visto a nadie tan feliz en mucho tiempo. Está radiante, casi como si fuera ella quien hubiera dado a luz.

Para la cena, Raven finalmente se suma, aunque se mueve con cuidado, aún afectada por el esfuerzo del parto. La acompaña la pequeña criatura, ahora dormida, ajena a todo el revuelo que ha causado. Nos sentamos todos alrededor de la mesa, un poco apretados, pero nadie se queja. El ambiente es cálido, lleno de risas apagadas y cuchicheos, como si todos estuviéramos de acuerdo en que no queríamos despertar al bebé ni romper la burbuja de paz que se había creado.

Raven se mueve e inmediatamente todos le preguntamos qué necesita, quiere, o desea.

—Solo quiero seguir escuchando la bitácora mientras como algo. —Se ríe.

Killian acata la orden y lee:



Bitacora de una mujer moderna #19

Theo se giró y me miró a los ojos, sorprendido. Debió ser impactante recibir esas palabras de una persona que había tratado este matrimonio como un plan de negocios.

«Yo también creo que te amo», dijo con media sonrisa, sujetó mi barbilla, la elevó y me besó.

Este beso se sintió diferente, más íntimo y cercano que cualquier otro momento que hayamos tenido, sin importar la cantidad de ropa que teníamos puesta.

Luego me abrazó, apoyó su mentón en mi pelo y suspiró: «Eres algo especial, Betty Walker, espero que lo sepas».





Bitacora de una mujer moderna #20

El día que fui a la ginecóloga, me escondí en el baño durante horas.

Theo llegó a casa e inmediatamente entendió que algo ocurría, le dije que se fuera, que no podía hablar con él en ese momento.

Por supuesto que echó la puerta abajo, sin pensar en el coste que eso supondría: al menos doscientos dólares. Me encontró en el suelo, con mi maquillaje corrido, aún tenía los rulos puestos, nunca estuve tan desarreglada frente a él, pero extrañamente, Theo no notó nada de eso, lo único que vio fueron mis lágrimas que caían incontroladamente.

Se arrodilló entre mis piernas y sostuvo mi rostro: «¿Qué ocurre, Betty?»



No lo dije, pero miré al suelo donde dejé el papel que me dio la médica y él siguió mi mirada. Pude ver su confusión, esos segundos fueron de tortura absoluta, pero de golpe... Una sonrisa.

Me miró, buscando una afirmación de mi parte, y asentí rápidamente.

«¡Bet, vamos a ser padres!», gritó con entusiasmo.





Bitacora de una mujer moderna #21

Al principio yo estaba adormecida, ¿acaso Theo estaba feliz?

«¿Por qué lloras?», preguntó.

«No lo sé», dije riendo un poco con locura.

«¿No querías quedarte embarazada aún?»

Quizás mi duelo venía por el miedo a que la burbuja perfecta que teníamos Theo y yo explotara.

Pero su reacción trajo un sinfín de imágenes felices, momentos inolvidables.

Y eso se trasladó a mi rostro, porque Theo me besó fuertemente y me levantó del suelo.

No voy a describir explícitamente lo que ocurrió después, pero sí puedo decir que me siento mucho mejor.



Bitacora de una mujer moderna #22

Theo me mostró lo que es un padre de verdad, uno protector y amoroso.

Cuando lo necesito, siempre está allí, inclusive en situaciones de mucho trabajo, él toma el control y me obliga a descansar.

No creí querer esta vida, pero no está nada mal.
Todo va bien, todo va como corresponde.





Bitacora de una mujer moderna #23

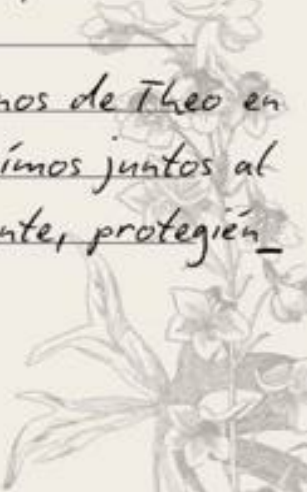
No sé cómo empezar esto. Todavía tengo el corazón
acelerado cuando lo pienso. Estábamos cenando en Casa
Bella. Yo acariciaba mi vientre de vez en cuando, casi
inconscientemente, y Theo no paraba de preguntarme cómo
me sentía, si estaba cómoda, si necesitaba algo. Le sonreí,
asegurándole que todo estaba bien, que por fin habíamos
encontrado un lugar donde podía relajarme.

Ya habíamos pedido el postre cuando un ruido estalló en
la calle. Al principio pensé que era un accidente, pero
cundo miré por la ventana, vi el pánico. Gente corriendo,
gritos, disparos; lo siguiente fue el caos.

El pánico me invadió de inmediato.

Los camareros se dispersaron, las sillas cayeron al suelo, y
todo pasó tan rápido que apenas entendía lo que estaba
ocurriendo.

Antes de que pudiera moverme, sentí las manos de Theo en
mis hombros, empujándome hacia abajo. Caímos juntos al
suelo, él sobre mí, cubriéndome completamente, protegién-
dome





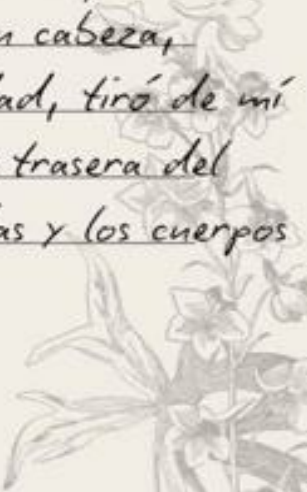
con su cuerpo sin tocar mi vientre. «No te muevas», susurró cerca de mi oído, y aunque no lo vi, pude sentir la tensión en su voz.

Mi respiración era superficial, y mi pecho se apretaba con cada nuevo estruendo. Él, en cambio, se mantuvo firme, cubriéndome con una calma que no sabía de dónde sacaba. Mi mente solo podía pensar en el bebé. Sabía que cualquier cosa que hiciera mal, cualquier movimiento en falso, podría ponerlo en peligro.

Escuché el sonido de una ventana rompiéndose, más gritos y pasos apresurados que resonaban en el suelo de madera.

Theo me tomó la mano con fuerza, como una promesa.

«Voy a sacarnos de aquí, Bet», dijo en voz baja. No sé cómo, pero le creí. Había algo en la forma en la que hablaba, en su calma dentro del caos. Giró su cabeza, escaneando la sala, y cuando vio la oportunidad, tiró de mí con delicadeza. Nos deslizamos hacia la parte trasera del restaurante, moviéndonos entre las mesas caídas y los cuerpos





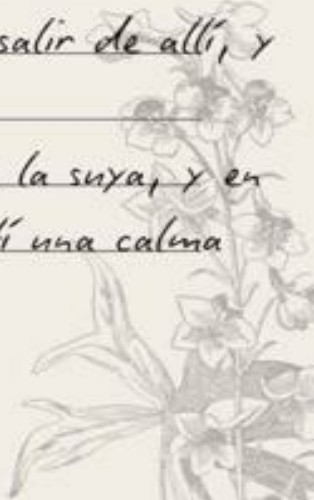
agachados de otros clientes asustados como yo.

Pero no Theo, él mantuvo el control.

La cocina estaba a unos metros, sin embargo, parecía que nunca llegaríamos. Sentía mis piernas pesadas, como si el miedo las hubiera convertido en plomo. Pero él no me soltó ni por un segundo, siempre protegiéndome, usando su cuerpo como escudo.

Cuando finalmente alcanzamos la puerta de la cocina, encontramos a los cocineros y camareros en el suelo, igual de aterrados. El sonido de los disparos aún retumbaba, pero más cerca que antes.

«Quédense quietos», dijo uno de los cocineros, pero Theo negó con la cabeza. «Hay una salida por aquí», me susurró, dirigiéndose hacia la parte trasera. No era solo una sugerencia. Me estaba diciendo que íbamos a salir de allí, y lo haríamos juntos.



Caminamos con cuidado, mi mano no soltaba la suya, y en ese momento, sentí algo más que miedo. Sentí una calma

JULIÁN

—Hicimos lo correcto entonces —dice Raven, con el bebé en brazos, sonriendo con complicidad. Todos se detienen, claramente esperando que explique a qué se refiere—. Elegimos el nombre.

De inmediato, un coro de voces responde al unísono: «¿Qué?!». Los rostros sorprendidos se miran entre sí. Claro, con toda la emoción de que era Navidad, ¡nadie se acordó de preguntar!

Raven me lanza una mirada divertida, dándome la señal. Con una sonrisa, anuncio:

—Le pusimos Theodore, Theo Walker.

Mis padres se levantan de sus sillas casi al mismo tiempo, caminando hacia nosotros con una energía inesperada. Nos abrazan con fuerza, y no puedo evitar reírme un poco por la reacción exagerada. ¡Hasta parece que hubiéramos ganado la lotería! No esperaba tanta emoción de su parte, pero el ambiente se vuelve aún más loco cuando el resto de la familia también se contagia. Incluso mi tío Oliver, normalmente tan calmado, parece estar al borde de las lágrimas de felicidad.

—¿Qué me perdí? —murmuro, mirando alrededor, un poco desconcertado por el entusiasmo desbordado.

Mi padre pone una mano suave sobre mi hombro y, con una sonrisa, se inclina para susurrar en mi oído:

—Nos emociona saber que nuestro abuelo era una gran persona, y que hayas elegido su nombre para continuar con nuestro legado... es muy importante para nosotros.

Luego, con ternura, le da un beso en la frente al pequeño Theo y ayuda a Raven a colocarlo en la cuna improvisada, mientras el resto de la familia sigue hablando emocionada, comentando lo adorable que es y cómo «Theo» suena perfecto para él.

El ambiente está lleno de risas y alegría, y no puedo evitar sentirme contagiado por el buen humor de todos.

Esta Navidad, sin duda, se ha convertido en algo inolvidable.



Algunos ya tienen sus maletas preparadas.

Hoy es el último desayuno donde estaremos todos, ya que Mila y Val vuelan en unas horas con los niños, y mis tíos con Bernardo y Harriet, esta noche.

Nosotros nos mudaremos provisoriamente a la casa de invitados de Astor, hasta que sea seguro viajar con Theo, mi hijo texano.

Así que mi tío Killian adelantó algunas páginas para que conozcamos más a Betty y Theo Walker.

Bitacora de una mujer moderna #24

Thomas Walker nació con tres kilos y gritándole al mundo. Definitivamente, tiene más mi carácter que el de su padre. El día que nació, Theo notó algunos cambios en mí desde primera hora del día, y sin preguntarme, me subió al coche y me llevó al hospital, donde pasamos al menos cuarenta y ocho horas en trabajo de parto.

Desde que volvimos a casa, Theo no se despega de nuestro lado, ayudándome en todo, ahuyentando a mi madre, que quiere ordenarme qué hacer, y a la suya, que le gusta opinar gratis.

Somos nosotros y nadie más en esta burbuja.

Estoy feliz. ~♡



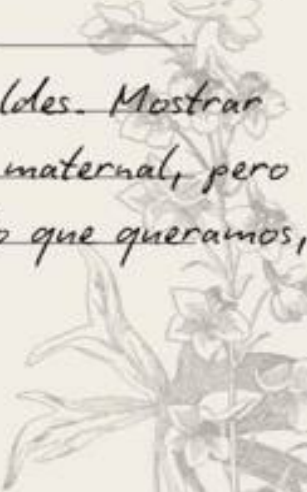


Bitacora de una mujer moderna #25

Hoy abrimos nuestra primera oficina en Manhattan. Property Group ya tiene fuerza y renombre, y esto es solo el comienzo. No es solo una empresa; es el fruto de mi trabajo, de mis decisiones, de mi visión. Ver a Thomas corriendo por los pasillos, riendo, sin preocuparse por los obstáculos, me recuerda algo importante: esa libertad y alegría es parte de lo que construimos, y me llena de orgullo saber que lo hago por él, pero también por mí.

Nuestro nuevo proyecto involucra a los nombres más importantes del país. Las construcciones que levantaremos serán un hito, un símbolo del progreso. Cuando imagino el futuro, veo algo claro: no solo quiero dejarle un legado a Thomas, quiero demostrar que una mujer puede crear un imperio. Y más importante aún, puede hacerlo a su manera, rompiendo las expectativas que se le imponen.

Este viaje comenzó con un sueño: romper moldes. Mostrar que una mujer no es menos por ser sensible o maternal, pero tampoco está obligada a serlo. Podemos ser lo que queramos,





porque nuestras capacidades y deseos no tienen límites.

Ambición, poder, dinero: son términos que también nos pertenecen.

Soy esa mujer que sueña en grande, que persigue el éxito con hambre y determinación. Pero no soy solo eso. Soy la esposa de Theo Walker, la madre de Thomas Walker, y eso no me define ni me limita. Soy independiente, soy intelectual, y me encanta sentirme respaldada por mi marido. Puedo ser todo al mismo tiempo, sin perderme en ninguno de esos roles. Y lo más importante: soy feliz. No porque todo sea perfecto, sino porque he aprendido a labrar mi propio camino.

PD: Si alguien encuentra esta bitácora, que la lea con atención. Aprende de mis errores, pero también toma mis sueños y haz que se multipliquen. Mi éxito no es casualidad, es la consecuencia de creer en mí misma y de rodearme con personas que me apoyen incondicionalmente.

Si yo pude, tú también puedes.

Te deseo toda la suerte del mundo, aunque no la necesitarás si estás dispuesta a luchar por lo que quieres.



*Te deseo toda la suerte del mundo, aunque no la necesitarás
si estás dispuesta a luchar por lo que quieres.*

*Dibujo hecho por
Thomas ♥*



Fin

AGRADECIMIENTOS



¡Felices fiestas a todas!

Esta historia no existiría sin Yensi y Danita. Fueron ellas quienes, con mucha seriedad, me presentaron un proyecto que tenían en mente. Aunque era algo que ya estaba considerando, su determinación lo hizo posible.

Espero que hayan disfrutado tanto como yo de este cierre final de la saga Walker. Ahora se vienen tres nuevas sagas que estoy segura que amarán.

Quiero agradecerles, de todo corazón, a mis lectoras, quienes siempre me acompañan en todas mis locuras.

Al grupo de Facebook, que siempre está ahí para alentarme.

Yensi, Danita, como ya lo dije, ustedes me impulsan, especialmente cuando escribir se vuelve difícil.

A Nati, mi editora, por su paciencia y dedicación; nuestra amistad ha crecido a través de interminables correos electrónicos.

A Alexa Jorques, gracias por esta portada tan hermosa. ¡Te quedó preciosa!

Y a Paloma, mi hermana, que no es solo mi apoyo en redes sociales, sino que fue la encargada de darle el diseño a este libro que quedo tan bonito. ¡Gracias!

¿Quieren saber cuál será mi próximo libro? ¡Sígueme en Instagram, que pronto lo anunciaré!

Gracias por leerme, siempre.

ACERCA DEL AUTOR



Marcia DM es una argentina que vive en Estados Unidos hace siete años. En su travesía por encontrar nuevos territorios, Marcia retomó un gran amor que era la escritura y hoy lleva publicados trece libros en español y tres en inglés.



Marcia vive en una pequeña ciudad de Texas, le gusta mucho la decoración de interiores, hacer proyectos en su casa (sus manos lo pueden demostrar) y dibujar.

Puedes seguirla en tus redes sociales favoritas, pero Marcia tiene que admitir que [Instagram](#) y el [grupo privado de Facebook](#) es donde más interactúa con sus seguidoras.



OTRAS OBRAS DE MARCIA DM

Romance Contemporaneo:

[Amor y Odio en Manhattan.](#)

[Segunda Oportunidad en Miami](#)

[Rivales en Dallas.](#)

[San Francisco Inesperado](#)

Walker Segunda Generación:

[El Color del Anhelo](#)

[El Color del Pecado](#)

[El Color del Odio](#)

[El Color del Impulso](#)

[Una navidad con los Walker](#)

Romance oscuro

[Resiliencia](#)

[Stamina](#)

[Deber](#)

[Rage](#)

[Carter](#)

Saga King Security:

[Mentiras Robadas](#)

Hecha de Veneno

Hecho de Tragedia

(próximamente)

Romance distopico:

[La Marca Del Silver Wolf](#)

Romance Paranormal:

[Príncipe Oscuro](#)